LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas.	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18 »	10 »
Portugal.....	7.320 reis.	3.880 reis.	2.160 reis.

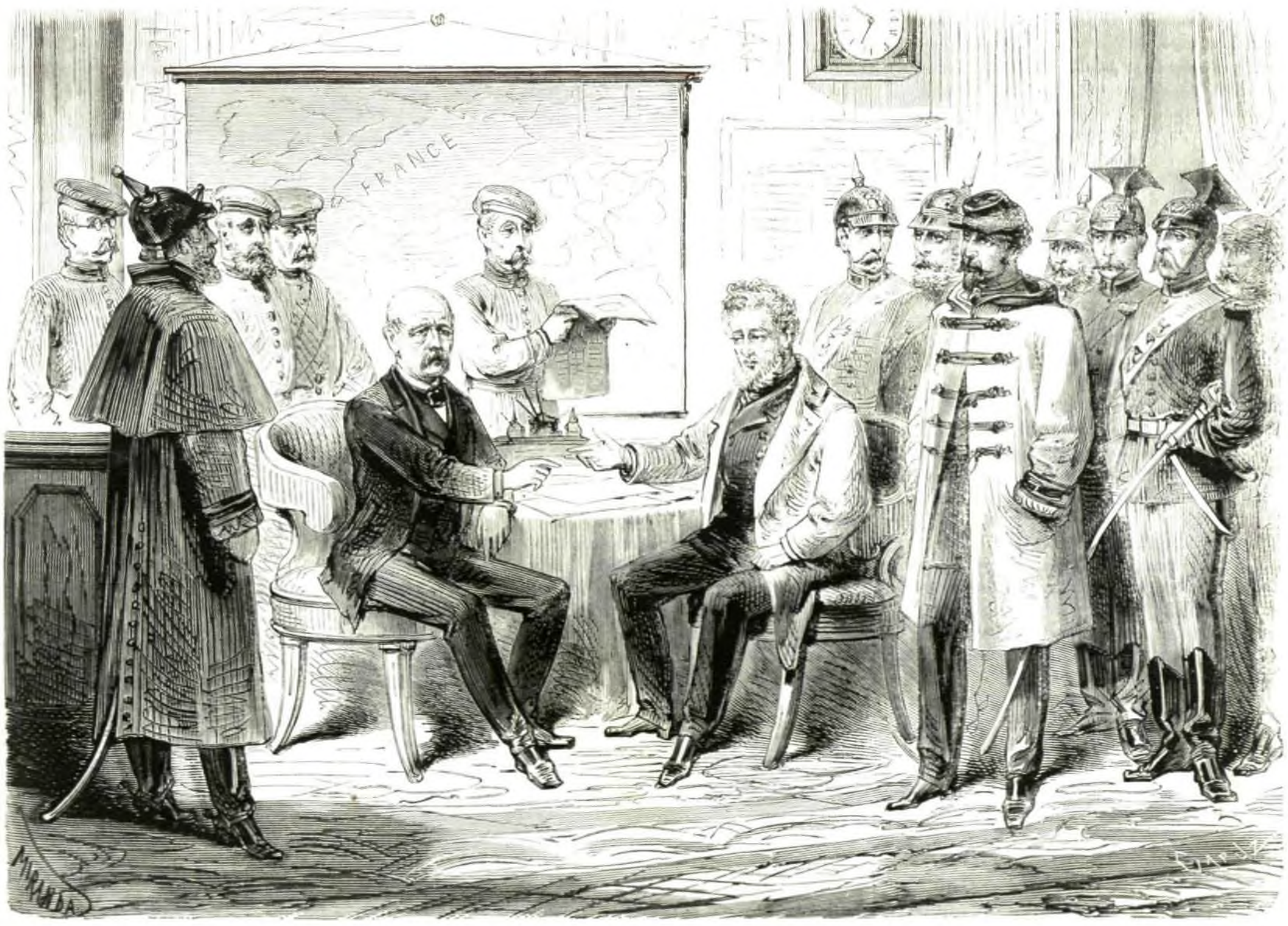
AÑO XV.—NÚM. V.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 15 de Febrero de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Americas..	12 »	7 »	4 »
Extranjero...	40 francos.	22 francos.	12 francos.



LA GUERRA.—CONFERENCIA EN VERSALLES ENTRE M. DE BISMARCK Y M. JULES FAVRE, PARA LA CAPITULACION DE PARÍS Y EL ARMISTICIO.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por D. Cárlos Ochoa.—El armisticio.—Versalles.—El descanso del soldado.—La sorpresa del telégrafo.—La caridad en la guerra.—Jarron árabe, por M. y B.—Conferencia celebrada en el Ateneo de Madrid, en la noche del 28 de Enero último, sobre el estado social del Egipto contemporáneo, por D. Jose de Castro y Serrano.—Necrología, conclusion, por O. B.—Revista científica, por D. Emilio Huelin.—El juramento y la revista militar.—Manuel Catalina, apuntes biográficos, por X.—Doña Emilia Adelaida Pimentel y D. José Cárlos dos Santos, por X.—Una erupcion del Vesubio.—Advertencias.

GRABADOS.—Conferencia entre MM. de Bismarck y Jules Favre.—Jarron árabe, propiedad de D. Celestino Pujol, de Barcelona.—Los dominicos de Dijon socorriendo á los heridos garibaldinos.—La revista militar del 29 de Enero, en Madrid.—Versalles: cuartel general del emperador de Alemania.—Los prusianos sorprenden el telégrafo de campaña del ejército del Loire.—Retrato de D. Manuel Catalina, empresario y director del teatro Español, en Madrid.—Retratos de Doña Emilia Adelaida Pimentel y D. Jose Cárlos dos Santos, primeros actores en el teatro de Doña Maria II, en Lisboa.—El descanso del soldado aleman.—Ultima erupcion volcánica del Vesubio.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

Madrid 12 *de Febrero de* 1871.

Como quien dice la cosa más indiferente del mundo, daba dias pasados un periódico de Madrid la siguiente noticia:

«Se dice que los rusos han entrado en Constantinopla.

Difícil es condensar en ménos palabras un anuncio de mayor trascendencia: nosotros le compararíamos á una de esas misturas químicas, á una especie de pólvora fulminante que en pequeñísimo volúmen, bajo una forma al parecer inofensiva, encierra en sí un gérmen de inmensa destruccion y puede en un instante causar espantosa ruina. Si la anterior noticia fuese cierta, que afortunadamente no lo es hasta ahora, sólo Dios sabe las consecuencias que tendria un suceso de esa magnitud, por más que á primera vista parece que ni el anuncio ni la cosa traen la menor malicia. Y como si hoy, lo repetimos, el suceso no es cierto, es muy posible que lo sea dentro de poco, no estará demás decir dos palabras sobre lo que verosimilmente sucederá el dia en que se realice la ocupacion de Constantinopla por los ejércitos rusos.

Despojado el imperio turco de su capital europea, ó lo que es lo mismo, decapitado, el moribundo coloso oriental pasará la de condicion de tal *moribundo* á la de *muerto:* dejando de ser una gran potencia, el imperio de los Osmanlis se desmembrará por el propio vicio de su constitucion religiosa y social, y reducido á ser un cuerpo acéfalo, cada una de sus partes formará por de pronto un Estado independiente, que no tardará en llegar á ser presa de una ú otra potencia cristiana. El islamismo perderá, pues, su existencia oficial, y con ella desaparecerá sin duda una de las grandes ignominias de la civilizacion cristiana; pero empezará para ella un periodo de prueba más peligroso que ninguno de cuantos lo han agitado desde los tiempos del gran cisma de Oriente, que partió en dos grandes pedazos el mundo cristiano,—la Iglesia romana y la Iglesia griega.

—Compactos hasta el siglo XVI cada uno de estos dos pedazos, el primero, ó sea la Iglesia romana, se quebrantó lastimosamente en el siglo XVI con las guerras de la Reforma; hoy, con la ocupacion de Constantinopla, se quebrantaria indudablemente el segundo, y de una manera todavía más trascendental desde el punto de vista político á lo ménos, dividiéndose el ya colosal imperio ruso en una multitud de pequeños imperios, con cuyo fraccionamiento desaparecerian juntamente su unidad política y su unidad religiosa. Rusia es ya demasiado grande para poder engrandecerse aún más; pensar que la herencia del imperio turco habia de ser para ella, es una ilusion que ni áun los más fanáticos partidarios del testamento de Pedro el Grande abrigan ya sériamente. Su engrandecimiento momentáneo seria precursor infalible de su inmediata desmembracion: ¿quién es capaz, repetimos, de prever qué giro tomarian, á dónde irian á parar las porciones desmembradas del coloso moscovita, y los restos semibárbaros del otro coloso turco decapitado, como decíamos ántes?

Una noticia algun tanto consoladora nos llega de Francia, y es que el carácter de las elecciones para la próxima Asamblea es hasta ahora bastante conservador, de donde puede deducirse algunas esperanzas de paz. La reciente pérdida de Belfort ha debido descorazonar áun á los más fogosos partidarios de la guerra á todo trance; prisioneras ó desarmadas casi todas las fuerzas vivas de la Francia, quebrantado el orgullo, anonadado el moral de aquella gran nacion por una série de inauditos reveses, la paz á todo trance es hoy para ella una imprescindible necesidad, y seria preciso que las pretensiones del conde de Bismarck rayasen en insensatas á fuerza de ser exorbitantes para que no tuviese Europa el gran consuelo de ver cerrada la corta cuanto terrible era de horrores por que acaba de pasar, verdadero anacronismo en estos tiempos. La barbarie de Genserico y de Atila ha retoñado por seis meses entre nosotros: urge ya que volvamos al siglo XIX.

Como documento muy curioso recordaremos aquí una carta que sobre elecciones ha dirigido á un amigo suyo el sabio obispo de Orleans, que reproducen los periódicos franceses y de que estractamos estas significativas palabras:

«La Cámara que trata de elegirse en estos momentos y para tales obras, ¿temeis que los hombres de bien la abandonen á las eventualidades del acaso y á las violencias de los insensatos? No, mi querido amigo; esto no es posible.

¿No veis que esa Asamblea tendrá que hacerlo todo en Francia? ¿No oís el grito que sale de todas partes: «Es preciso salvar la Francia?» Sí; mas para salvar la Francia, ¿sabeis lo que se necesita? Se necesita rehacer la Francia. . . . . .

¿Quién hubiera creido jamás que una nacion, que todos nosotros, y yo mismo, tantas veces habíamos proclamado la primera nacion del mundo, fuese destruida en tan breve tiempo?. . . . . .»

Continúa en Florencia la discusion del proyecto de ley de garantías del Papa, habiendo sido ya aprobado el artículo primero, que declara su persona sagrada é inviolable; declaracion ociosa si las hay, á ménos de que se entienda únicamente en el sentido político y meramente humano. No alcanza á más la jurisdiccion de ninguna Cámara ni de gobierno alguno. Tirantes á más no poder continúan siendo, como es natural, las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno italiano: las abstenciones de diputados en la Cámara de Florencia para tomar parte en esta importantísima discusion son muy numerosas; pero indudablemente el proyecto de ley será aprobado.

Una complicacion difícil para Italia nace de la exclusion que se ha hecho de los garibaldinos en el armisticio general celebrado entre Prusia y Francia: exclusion justa por lo demás, pues la intervencion de aquellos aventureros constituye en derecho internacional un verdadero acto de piratería terrestre.

Viva satisfaccion ha causado en todos los amigos de la justicia, de la ilustracion y hasta del decoro de nuestro país, la resolucion tomada por el señor ministro de Fomento, de satisfacer á los maestros de instruccion primaria la multitud de mensualidades, que en algunos habian ascendido ya á anualidades, que se les debian, dejándolos reducidos á una espantosa miseria. Más de una vez hemos tenido ocasion de dar limosna en las calles á infelices pobres de levita raida y abrochada hasta la nuez, sombrero de color de ala de mosca, manos amoratadas por el frio, y semblante de no haber comido en cuarenta y ocho horas, que nos murmuraban al oido con voz doliente: «¡Soy un maestro de escuela!» Para los que comprenden todo el valor del magisterio en la alta y hermosa acepcion de esta palabra, no es decible hasta qué punto esta frase, dado que sea la expresion de la verdad, tiene una significacion dolorosa y terrible, en las circunstancias en que la oíamos pronunciar. Hay en el carácter del maestro de escuela algo de la santidad del sacerdote y de la dignidad del padre: ejercer esa árdua profesion es practicar una virtud, privilegio precioso que la caracteriza, y explica y justifica el respeto con que la miran todas las inteligencias rectas y algun tanto elevadas. Sea cual fuere el objeto del magisterio, siempre es respetable, porque siempre hay en él algo de *sacrificio;* y no estamos distantes de creer que cuanto más humilde es aquel objeto, más consideracion y simpatía merece su práctica, por lo mismo que es más penosa, más oscura y está ménos retribuida.

Leíamos dias atrás en un periódico, que el último ministro de Fomento, el señor don José Echegaray, ha vuelto á abrir su acreditada academia para la enseñanza privada de las matemáticas; y por más acostumbrados que estemos á que los ministros salientes den el honroso ejemplo de volver al ejercicio de su profesion apenas bajados de las alturas del poder, confesamos que esa circunstancia de ser á *maestro* á lo que se dedica el sabio matemático ex-ministro, realza á nuestros ojos su noble resolucion, y la hace, por decirlo así, doblemente meritoria. Acaso sea *aprension* nuestra; pero se nos figura que han de compartirla muchos de los que, como nosotros, han reflexionado sériamente sobre la índole y la significacion de las diferentes profesiones en el organismo social; todas nos inspiran el respeto que merecen; ninguna tanto como la del magisterio en todos sus grados.

Madrid continúa divirtiéndose. Aunque como es natural, ya no se baila ni *se hace* en ellos la deliciosa música de otros tiempos, los elegantes salones de la señora condesa del Montijo reciben todas las noches una escogida sociedad, que hoy más que nunca tiene á honra tributar á la madre de la emperatriz de los franceses sus homenajes de respetuosa simpatía. Mucho tiempo ha de pasar ántes de que Madrid olvide aquellos salones hospitalarios para todas las eminencias nacionales y extranjeras que pasaban por nuestra capital y donde se encontraba siempre una acogida tan discretamente bondadosa. Hoy la tristeza domina en ellos, y naturalmente ha ahuyentado de allí las diversiones ruidosas, pero la discrecion y la bondad han quedado, con lo que, sólo para la gente muy jóven han perdido parte de sus encantos.

Dos magníficos bailes ha habido esta semana última, uno en casa de los señores marqueses de Bedmar, otro en la de los señores marqueses de Portugalete. En la de los señores condes de Superunda se seguirán dando todos los lunes; pero á esta grata noticia tenemos que oponer un punto negro: en los salones de la embajada inglesa no se bailará más que el lunes próximo, si es cierto el siniestro rumor que ha llegado á nuestros oidos.

De una sola novedad teatral de importancia podemos hoy dar cuenta, y es de la zarzuela en tres actos y en verso *Los hijos de la costa*, estrenada anteanoche en el teatro de Jovellanos, letra del afamado poeta don Luis Mariano de Larra, música del jóven maestro señor Marqués, de que hemos oido hacer los mayores elogios á personas muy inteligentes. Con decir que los versos son del señor Larra, dicho se está que son muy buenos. La obra ha sido muy aplaudida.

El domingo último celebró la Biblioteca nacional la sesion pública correspondiente al presente año, á que le obliga el art. 51 de su Reglamento. Presidióla el señor don Salustiano de Olózaga; y si bien no hubo ocasion de adjudicar en ella ninguno de los dos premios señalados á los autores de las mejores obras bibliográficas presentadas en el trascurso del año, la concurrencia no salió defraudada en su esperanza de pasar un rato agradable, pues se le proporcionó agradabilísimo el digno director de la casa con la lectura de su excelente Memoria anual sobre adquisiciones y estado presente de la misma. Estas Memorias del señor Hartzenbuch serán con el tiempo preciosos documentos para nuestra historia literaria. Entre las curiosas noticias que da en su Memoria de este año, citaremos la de un manuscrito autógrafo del rey don Felipe V, obra de su niñez, interesante únicamente por el asunto, que es nada ménos que un conato de continuacion del «Quijote.» De las ingeniosas conjeturas del señor Hartzenbuch se deduce que debió escribirse en el año 1693, cuando Felipe V, á la sazon duque de Anjou, contaba sólo diez años de edad, por lo que es de suponer que seria un ejercicio de retórica y composicion de los que suelen imponerse á los niños; pero es realmente singular que la inmortal obra de nuestro Cervantes fuese el tema propuesto por sus maestros ó sugerido por una especie de pre-

sentimiento al futuro rey de España y fundador cabalmente de la Biblioteca, ántes real, hoy nacional.

No resistimos á la tentacion de trascribir aquí las nobles y sentidas palabras que esta coincidencia sugiere al señor Hartzenbuch: «Sobrada extension he dado al exámen de un manuscrito breve; no son á veces de mayor interés, y requieren igual espacio, muchas de las tareas en que nuestro oficio nos obliga á ocuparnos. Al fin, se trata de una obra del Fundador de nuestra Biblioteca; y cuando para la dinastía de aquel jóven príncipe ha sonado en España la hora solemne de despedida, justo será, en quien debe estar dispuesto á despedirse de todo, consagrar, en nombre de las letras pacíficas, una humilde señal de gratitud y respeto al imitador de Cervantes, al traductor de Juan de Mariana. La Biblioteca, hoy Nacional, existe porque la formó con sus libros (y algunos confiscados, es verdad) un rey extranjero, de pocos años, no habiéndose acordado de favorecer con ella á su córte aquel rey poeta, que rodeado de Lope y Rojas, de Mendoza y de Calderon, de Quevedo, Montalban y Luis Velez, improvisaba comedias famosas en su régia morada.»

Otra solemnidad literaria acaba de celebrarse en el momento mismo en que enviamos estas últimas líneas á la imprenta. El Excmo. señor don Antonio de los Rios y Rosas, el elocuente orador parlamentario de quien con razon se ha dicho que no basta oirle, sino que es preciso *verle* hablar en las Cámaras para formarse idea de un verdadero tribuno, ha ingresado en la Real Academia Española, donde por la elegante tersura de su frase, lenguaje castizo y siempre levantado, no ménos que por el carácter realmente literario de su especial elocucion, tenia hace mucho tiempo conquistado un puesto honroso. Felicitamos á la Academia Española por la adquisicion de su nuevo individuo, á que seguirán en breve otras tres de no ménos valía; los señores don Manuel Silvela, Olózaga (don Salustiano) y P. don Cayetano Fernandez, tienen presentados sus discursos de entrada, á que deben contestar respectivamente los señores Cánovas del Castillo, Hartzenbusch y marqués de Molins; tres grandes solemnidades literarias, con cuya esperanza se regocijan ya los aficionados á las letras.

Nos falta espacio para dar cuenta del magnífico discurso sobre el principio de autoridad en general, y particularmente en su aplicacion á las Academias, que en medio de un numeroso y lucido concurso acaba de pronunciar el señor Rios y Rosas, dignamente contestado en nombre de la corporacion por el académico de número, señor Puente y Apecechea. Excusado seria, además, cuanto dijéramos en este punto: todos nuestros lectores querrán leer ambos discursos, y su lectura será su mejor análisis.

CÁRLOS DE OCHOA.

EL ARMISTICIO.

¡Bendita sea la paz!

El telégrafo anunció, pocos dias hace, la fausta noticia de haberse celebrado un armisticio, precursor acaso de la paz, entre los ejércitos beligerantes de Francia y Alemania; y aunque la capitulacion de Paris, bajo condiciones altamente honrosas para los vencidos, disgustase á los amigos de la Francia, lo cierto es que todos los corazones se alegraron con la halagüeña esperanza de que habrán de cesar en breve los sangrientos dramas que se representan en los campos de batalla.

Mientras los alemanes asediaban á Paris y guardaban un emperador y dos ejércitos franceses en las sombrías fortalezas de la Confederacion Germánica, tambien eran dueños de Strasburgo, monton de calcinadas ruinas, pero *llave de la casa* segun la gráfica expresion de M. de Bismarck; el duque de Mecklemburgo se apoderaba de Reims, el Escorial de la Francia, donde aún se custodia el óleo sagrado con que fueron ungidos Clodoveo y Cárlo-Magno; el príncipe Federico Cárlos entraba en Metz, la ciudad *pucelle*, la ciudad *imprenable*; el rey Guillermo dormia en Versalles sobre el lecho de Luis XIV; los bávaros asaltaban Orleans, teatro de las glorias de Juana de Arco; tomaban á Rouen, patria de Guillermo el *Conquistador*; á Tours, la vieja capital de la heróica Turena...

Paris mismo era bombardeado inclementemente, y á las angustias insufribles del hambre se agregaban los desastres de las bombas.

Más aún: la demagogia rugia sordamente, y un motin asqueroso, raquítica é indigna imitacion de algunos excesos de la primera revolucion francesa, estalló en la gran ciudad al anochecer del 21 de Enero.

—¡Capitulacion!—gritaron los parisienses sensatos.

—¡Capitulacion y paz!—contestó Jules Favre, el fogoso tribuno, el hábil ministro, el eminente jurisconsulto.

Y en la mañana del 23, un parlamentario francés atravesaba las líneas prusianas, llegaba á Versalles, pedia una audiencia al conde de Bismarck y le entregaba despachos de M. Favre, en nombre del gobierno de Paris, en los cuales demandaba la vénia del canciller prusiano para trasladarse al cuartel general aleman y celebrar una importantísima conferencia.

M. de Bismarck accedió, y presentóse en Versalles el ministro francés, á las once de la noche, hospedándose en el palacio de M. Stieber, jefe de policía.

No nos incumbe la tarea de referir aquí los variados incidentes de las conferencias que los dos ministros celebraron (véase el grabado de la página primera de este número) hasta llegar á buen acuerdo: el mundo entero conoce ya el resultado, se regocija con el armisticio, y abriga la esperanza de aplaudir en breve un tratado de paz.

¡Ojalá que no destruyan esta lisonjera esperanza la ambicion de los unos y la altivez de los otros!

VERSALLES.

La bella ciudad del fastuoso Luis XIV, el nido encantado de la señorita de la Valliere y de Mad. de Montespam, el paraiso de la Maintenon, el poético retiro que escogia Luis XV para sus orgías y para sus debilidades, el gran salon de los desórdenes y de la crápula en los tiempos del Regente, la jaula dorada de la infeliz María Antonieta,—Versalles, el arrabal de Paris, la antesala de la gran ciudad, la segunda córte de la moderna Francia; Versalles está siendo hace tres largos meses, el cuartel general del antiguo marqués de Bramdenburgo, hoy emperador de Alemania por los azares de la guerra y las combinaciones de la política.

Véase la gran lámina que publicamos en las páginas 80 y 81 de este número, copia exacta de una fotografía, que representa la Plaza de Armas del magnífico palacio de Versalles, en el momento en que las tropas alemanas se forman para ser revistadas por el afortunado vencedor en Sedan.

Versalles posee lindísimos edificios, suntuosos palacios, ricos museos, espléndidos jardines, y pocas serán las personas ilustradas que no conozcan la historia de aquella mansion predilecta de los reyes y de la antigua aristocracia de la Francia.

Ahora, como las necesidades de las guerras son superiores á todas las consideraciones, los palacios de Versalles han sido trasformados en cuarteles, los museos y bibliotecas en ambulancias, las plazas públicas y los pintorescos jardines en campamentos de las tropas del príncipe Federico Guillermo.

Los habitantes de Versalles sometiéronse con resignacion á la dura ley del vencido, y desde mediados de Setiembre del año último, en cuya época aparecieron en los alrededores de la ciudad de Luis XIV las primeras descubiertas de hulanos, hasta el presente, están sufriendo la ruda pena de obedecer al victorioso enemigo, cuyas formidables legiones han devastado la Francia y han arrebatado á las armas francesas el brillo de nuevas glorias, esperanza generosa que acaricia siempre el ánimo entusiasta de los descendientes de los antiguos galos.

Pero ¿quién le dijera al *gran Rey* que las tropas de la vieja Alemania, vencedora de la Francia, habian de desfilar algun dia por delante de un rey de Prusia, alojado en el palacio de Versalles!

EL DESCANSO DEL SOLDADO.

El grabado de la pág. 85, es un lindo capricho del dibujante.

Tres soldados alemanes que acaban de llegar de un combate, se dejan caer sobre un asiento, como si se rindiesen al peso de la fatiga, y más aún de las emociones.

En verdad que debe de ser una satisfaccion inmensa, incomparable, la del infeliz soldado que vuelve sano y salvo de la pelea, de aquella pelea donde tantos adversarios valientes han hallado la muerte, donde ha visto caer para no levantarse jamás á tantos compañeros de armas, amigos suyos quizás, llenos de vida y de alegría hasta entónces.

Nuestro dibujante coloca la escena en los jardines de Versalles, trasformados hoy en campamento de las tropas prusianas; y los tres soldados, chupando la inseparable pipa del militar aleman, parecen entregados á bien melancólicos pensamientos.

Los diarios alemanes nos han contado una historia tiernísima que parece escrita para que sirva de anecdótica explicacion á este grabado.

Dos jóvenes bávaros, Oscar y Otto, naturales de Munich, compañeros de la infancia é inseparables amigos, casi hermanos, se alistaron como voluntarios en el ejército del príncipe de Baviera, y llegaron á las cercanías de Paris, asediado ya por los alemanes, el dia anterior al en que debia librarse el sangriento combate de Willejuif.

Los dos amigos tomaron parte en el combate, y Otto vió caer en el Sena á su querido Oscar: el desgraciado habia sido herido en las avanzadas, y aún tuvo alientos para levantarse del lugar en que yacia, restañar la sangre que brotaba de sus heridas, correr hácia el histórico rio, y arrojarse en él por librarse de quedar prisionero ó muerto á consecuencia de una impetuosa carga de la caballería francesa.

Otto volvió triste al campamento, casi lloroso, entre la turba alegre de los jóvenes vencedores.

Á solas ya con su pena, se deshizo en amargo llanto y juró volver al campo de batalla, si la ocasion se presentaba, decidido á hacerse matar por la patria, para no sobrevivir á su amigo; mas de repente se abren las cortinas del lecho donde estaba, y Oscar, su querido Oscar, el desaparecido en el Sena, se precipita en los brazos de su amigo inconsolable.

Habia recibido una pequeña herida, y supo salvarse á nado de una muerte segura.

El rey Guillermo, quien tuvo conocimiento de este tierno episodio, invitó al príncipe de Baviera á que recompensase largamente á los dos jóvenes amigos, y este príncipe colocó en los nobles pechos de ambos una de las condecoraciones más aristocráticas del reino de Baviera.

LA SORPRESA DEL TELÉGRAFO.

El grabado de la pág. 84, representa una tienda de campaña del ejército francés del Loira, que mandaba el bravo general D'Aurelles de Paladine, en la cual se habia preparado una estacion del telégrafo de campaña, que funcionaba regularmente entre dos divisiones del cuerpo de ejército francés.

Algunos exploradores hulanos avanzaron hácia Arthenay, despues del primer combate de Orleans, y sorprendieron el campamento de los móviles, abandonado por éstos hacia pocos momentos, y en una de cuyas tiendas se hallaba situado el telégrafo, que recibia comunicaciones interesantísimas y urgentes de la division bretona que mandaba el heróico Charrette.

Entre los hulanos habia algunos muy instruidos, que no sólo hablaban elegantemente el idioma del país, sino que sabian manejar á la perfeccion el aparato telegráfico, y recibian las noticias que el cuerpo francés comunicaba, y remitieron á éste algunas otras en contestacion á aquellas, dispuestas de modo que se dejase sorprender fácilmente por el ejército ene-

migo, que mandaba el gran duque de Mecklenburgo.

Así sucedió, por desgracia, y los despachos y cartas recibidas del teatro de la guerra nos han contado bien detalladamente la desesperada resistencia del bravo Charrette, que quedó herido gravemente en el campo del combate.

Nuestro grabado figura á los soldados alemanes bajo la tienda del telégrafo francés de campaña, en el momento en que recibían y trasmitian las comunicaciones á la division engañada del ejército del Loira.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Ejemplos de sublime abnegacion y actos de valor heróico ha ofrecido al mundo la campaña franco-alemana.

Desde las hermanas de la Caridad, que restañaban la sangre y vendaban las heridas de los soldados de Wissemburgo y de Woerth, hasta los humildes y piadosos benedictinos de Autun y dominicos de Dijon, que recogian á los legionarios heridos de Garibaldi, y los trasladaban á las ambulancias y á los hospitales improvisados en las aldeas y ciudades del Este, hay una epopeya grandiosa de caridad evangélica, digna de los primeros tiempos del Cristianismo.

¿Cuántas veces las hermanas de la Caridad, esos ángeles benéficos de los hospitales y de los campos de batalla, morian al lado de los infelices á quienes prodigaban sus cuidados! ¿Cuántos quizá de aquellos garibaldinos y franco-tiradores, socorridos tan oportunamente por los monjes de Autun y Dijon, habrian sido pocos dias ántes los autores de las sacrílegas profanaciones, que ha denunciado la prensa, en los templos y conventos de las ciudades citadas!

Y sin embargo, la caridad alienta á los unos y á los otros, y las religiosas hallan la muerte, y se sonrien al morir, sosteniendo entre sus brazos la cabeza herida del soldado valeroso; y los frailes perdonan las ofensas pasadas, y socorren al ofensor que reclama los auxilios del médico y del sacerdote.

En uno de nuestros números anteriores hemos presentado la imágen de las primeras, y hoy ofrecemos un grabado en esta misma página que retrata una de las escenas que dejamos apuntadas: los dominicos de Dijon socorriendo á los soldados heridos de la legion de Garibaldi, y trasladándolos á las ambulancias.

ARQUEOLOGÍA.—VASO ÁRABE (propiedad de don Celestino Pujol).

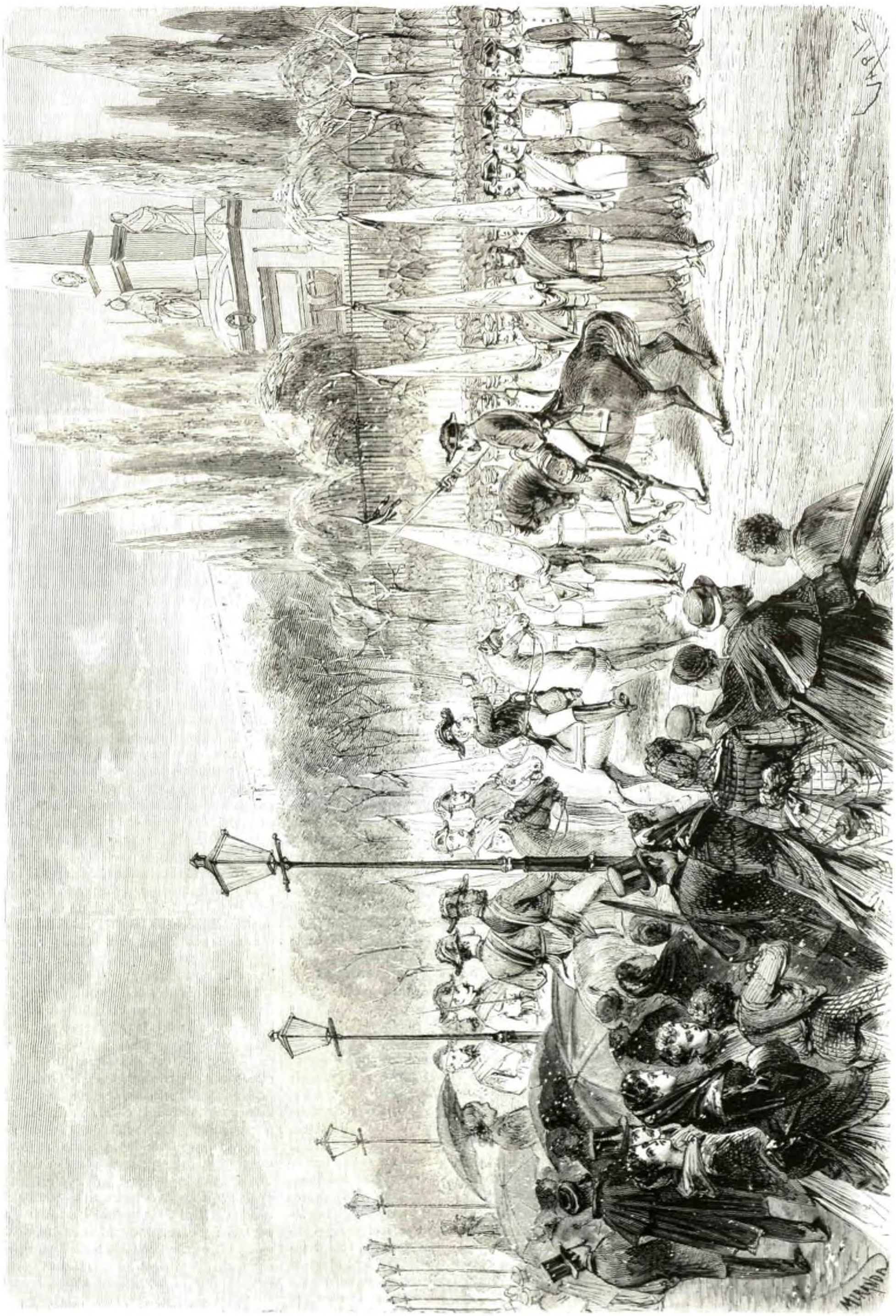
JARRON ÁRABE.

Uno de los grabados de esta página es una copia exacta (de fotografía) de un preciosísimo vaso árabe que ha sido vendido últimamente en Barcelona por uno de los establecimientos destinados en aquella ciudad á la compra y venta de objetos arqueológicos y artísticos, y adquirido por el jóven é ilustrado abogado don Celestino Pujol, poseedor de una interesantísima coleccion numismática; cuya circunstancia, la de hallarse en tan buenas manos, asegura la conservacion de aquella alhaja, y nos garantiza que no saldrá de nuestra patria como tantas otras joyas de arte que hoy hemos de admirar en museos extranjeros.

Antes de que lo adquiriese el señor Pujol se habian hecho proposiciones al dueño del jarron para llevar éste á Paris, las que no escuchó por haberle asegurado varias personas amantes de las bellas artes que en último caso, si no hallaba comprador español, le pagarian por suscricion el precio exigido, y lo rifarian luégo entre los contribuyentes.

La simple inspeccion del dibujo que publicamos demostrará á nuestros lectores que dicho jarro árabe constituye una verdadera y preciosa obra artística: es de hierro, de 34 centímetros de altura, y se cree que está forjado en troquel,

LA GUERRA.—LOS DOMINICOS DE DIJON SOCORRIENDO Á LOS HERIDOS FRANCESES.



MADRID.—LA GUARNICION Y LOS VOLUNTARIOS PRESTAN JURAMENTO DE FIDELIDAD AL REY.

como preparacion, y cincelado luégo para perfeccionar los bellísimos motivos de ornamentacion que encierra.

Segun indicó el primitivo propietario de Barcelona, procede de Toledo, si bien se nos dijo que alguna vez habia indicado aquél ser de origen granadino. Su estilo corresponde á la última época del arte arábigo, y guarda consonancia completa con la maravillosa y exuberante ornamentacion de la Alhambra. La elegancia del cuello, y de las asas en particular, es imponderable: el dibujo de las últimas presenta grandes caractéres de novedad dentro del carácter general de aquel estilo decorativo, y el primor con que están cinceladas las citadas partes que tienen alguna mayor delicadeza, si no mayor galanura que el resto del jarro, ha llamado la atencion de todos los artífices y personas inteligentes.

Varias opiniones hay entre los aficionados á la ciencia arqueológica, con el fin de averiguar el objeto especial á que podia estar destinado, y se notan en el conjunto algunas cláusulas de ornamentacion curitinicamente repetidas, y al rededor del vaso, en la parte más ancha, se ve un friso con una leyenda arábiga, que tambien se repite varias veces.

De este notabilísimo objeto suntuario se han hecho ya reproducciones en yeso, y el acreditado fundidor don Francisco de P. Isaura lo ha vaciado en bronce; porque el señor Pujol, su propietario, con una amabilidad extrema y con un espíritu generoso é ilustrado, facilita su estudio por cuantos medios le parecen conducentes.

¡Lástima grande que en Barcelona, ciudad industrial, no se halle organizado un museo de artes suntuarias, en donde objetos de tanto valor arqueológico y artístico como el jarro árabe de que nos ocupamos, pudiesen tener natural cabida, y ser fácilmente estudiadas por todos cuantos se dedican á la aplicacion del Arte á la Industria!

M. y B.

CONFERENCIA

Celebrada en el Ateneo de Madrid la noche del sábado 28 de Enero de 1871, para servir de prólogo á las que han de pronunciar en el mismo algunos de los sócios que asistieron á la apertura del Canal de Suez.—Versa sobre el estado social del Egipto contemporáneo.—Su autor, don José de Castro y Serrano.

SEÑORES:

El digno presidente de esta Sociedad á quien el Ateneo, áun cuando no le debiera ya otra cosa, débele un magnífico discurso, ha imaginado introducir aquí una costumbre establecida hace tiempo en otros países cultos de Europa, y es la de que los hombres á quienes los gobiernos ó las corporaciones envian para estudiar los espléndidos concursos del arte, de la ciencia y de la industria que con frecuencia dichosa ofrece la potente civilizacion del siglo actual, vuelvan despues al seno de la patria y en conferencias familiares den cuenta de sus impresiones, expliquen sus estudios, trasporten, si nos es lícito hablar así, el equipaje moral que han adquirido en su peregrinacion, para revestir, ante sus conciudadanos, el fondo de la cosa, ya conocido de todos, con las galas de los incidentes, sucesos y apreciaciones del momento que sólo pueden percibir los que á la cosa misma han prestado la mirada de sus ojos y el contacto inmediato de su discurso.

Enunciada esta sencilla idea, y recordando ahora que un año há, el 17 de Noviembre de 1869, se verificaba sobre el suelo de Egipto uno de los acontecimientos más importantes del mundo, intentado sin éxito y soñado sin realizacion desde los orígenes de la historia por pontífices, guerreros y filósofos, la ruptura del Istmo de Suez; y recordando, asimismo, que de España partieron á presenciar aquella maravilla de la ciencia, del arte y de la industria, sábios y distinguidos profesores que en su mayor parte pertenecen á esta nobilísima asociacion del Ateneo, nada tendré ya que decir sobre el pensamiento que aquí nos reune en la noche de hoy, sobre la materia que va á tratarse en las semejantes de las semanas sucesivas, ni sobre el modo y forma en que se han de verificar estas Conferencias, á que mi humilde palabra sirve de prefacio.—Lo único que necesito decir, es lo que yo significo en este lugar.

Señores: la ilustre persona á quien ántes aludí, ha usado conmigo la cariñosa complacencia de citarme entre los concurrentes á Egipto, como si en efecto hubiese pertenecido yo al número de los invitados. La inocente ficcion que ejercí ante el público un año hace, me la honra sobremanera convirtiéndola en realidad; y confieso que al oir sus razones, robustecidas con las de mis dignos colegas de comision, tuve momentos en que dudé si yo habia estado ó no habia estado en Egipto.

Porque, señores, al modo que el sonámbulo acometido de fatigosa pesadilla en las noches turbulentas del invierno, se imagina que acaba de cometer un crímen casual y es cogido *in fraganti* entre las garras de una policía despiadada, encerrado en oscuro calabozo, interrogado por jueces severos, careado con testigos crueles, juzgado por tribunal inexorable, condenado sin apelacion á muerte, puesto en capilla sin esperanza de indulto, auxiliado, visitado, llorado allí por deudos y amigos en congoja desesperante, conducido, en fin, al suplicio entre la turba insolente de los curiosos; y todo ello con tales apariencias de verosimilitud, con tales pormenores de ejecucion y tales signos de real y efectiva agonía, que al despertar de tan horrible ensueño pueda decir con conviccion profunda á los que le cerquen: «señores, yo he sido ahorcado,» del propio modo, aunque por procedimiento diferente, yo puedo presentarme hoy á vosotros, tras una pesadilla despierta, á decir con conviccion no ménos profunda: señores, yo he estado en Egipto.

Y, en efecto: cuando el escritor se separa del mundo de las gentes para encerrarse en el mundo de las letras, asiste con algo más que la imaginacion á los lugares donde se trasporta. Allí en el interior de su estudio, abre los libros de historiadores, viajeros y poetas; consulta las cartas de los geógrafos, contempla las reproducciones gráficas de los artistas, tercia con criterio imparcial en la discusion de contradictores diversos; y de esta manera, suponiéndose implantado allí, donde le rodean figuras, afectos, panoramas, caractéres, itinerarios, noticias, conocimientos, lecturas, memorias y, más que todo esto, algo de sí mismo, que es lo que principalmente constituye su aptitud de escritor, se crea una existencia artificiosa, aunque de legítimo fundamento; dentro de la cual, y como ya he manifestado en otra parte, pensando en mentira, hablando en mentira, riendo y llorando en mentira, con mentira de sustancia y color, con mentira de ruidos y de atmósfera, con mentira de tiempo y de espacio, con mentira de fiebre corporal, pero con fiebre literaria y esfuerzo positivo del alma, produce y brota verdades verdaderas, escenas realizables y realizadas, figuras que han existido y existen, acontecimientos que se han verificado y se verifican, cuadros que se han visto y se ven, afecciones internas que se han experimentado siempre y se experimentarán del mismo modo toda la vida.—No de otra manera se han escrito las obras de nuestros grandes maestros; porque, señores, hay que declararlo: Homero no estuvo en Troya, Dante no bajó á los infiernos.

Cuando yo estuve, pues, en Egipto, pude observar con alguna detencion el estado social y privado de aquel pueblo, que es precisamente el asunto á que debo contraerme en esta conferencia. Y aquí conviene advertir que, para el mayor órden de las explicaciones que van á hacerse, mis colegas y yo hemos dividido en siete puntos ó temas capitales, el curso familiar de egipciología que el Ateneo va á tener la bondad de seguir en las semanas subsiguientes. Versará el primero sobre el arte de Egipto durante las dominaciones faraónicas, latinas y musulmanas: será objeto del segundo la civilizacion y la historia antigua, consideradas bajo el punto de vista social y filosófico: abrazará el tercero el Nilo, con sus orígenes, su curso, sus cataratas, sus inundaciones, sus establecimientos, su papel histórico y su porvenir probable: el cuarto tema será político y administrativo, para exponer las consideraciones á que se presta el actual bajalato con su ejército, su marina, sus relaciones diplomáticas, su legislacion y natural influencia en el porvenir de los pueblos orientales: trataráse en el quinto punto de la naturaleza del suelo de Egipto, su produccion, agricultura, industria, comercio, comunicaciones, y en general de todas sus fuentes de progreso: una sexta conferencia estará dedicada al Canal de Suez, como síntesis de todos los estudios anteriores, y principal objeto de nuestra comun tarea: por último, en forma de resúmen, y para enlazar las materias que separadamente se hayan dilucidado, un postrer discurso dará remate á nuestra obra, sirviéndola de epítome y complemento.

Tal es el plan que nos propusimos seguir en estas conferencias desde que decidimos celebrarlas.—Pero ¿sobre qué pueblo (nos preguntamos) van á recaer esas radicales trasformaciones que está llamada á verificar la más grande obra científica, industrial y económica de los tiempos modernos?—Hé aquí la primera respuesta (convinimos) que debe darse al público que nos atienda: hé aquí, por consiguiente, el principal objeto de este prólogo.

II.

Cuando yo estuve, pues, en Egipto (repito ahora), pude observar con alguna detencion el estado social y privado del pueblo en cuyo beneficio la Europa coaligada ha cortado recientemente el Istmo de Suez.

Al desembarcar en Alejandría cualquier viajero europeo, y singularmente un viajero español, que viera las casas blancas, la tierra roja, el campo verde, los monumentos en ruinas, el puerto enfangado, las criaturas desnudas, las aspas de los molinos que voltejean al viento, sol que abrasa, moscas que pican, gritos que aturden y desórden que estremece, podria creer que entraba en un pueblo pobre y combatido por antiguas y constantes decadencias; pero de seguro que no sospecharia la escena incomprensible que estaba á punto de presenciar.

Figuraos, señores, un carruaje de los que nosotros llamamos de plaza: en su pescante un fellah medio desnudo; á la portezuela un comisario europeo de policía que el bajá de Alejandría manda para recibir y proteger al extranjero invitado; cerca del carruaje, en fin, el extranjero seguido de otro mozo que conduce en un burro su equipaje. Apenas se constituye grupo, el fellah del equipaje rechaza brutalmente las monedas, pocas ó muchas, que el viajero le entrega por su trabajo: el comisario descarga un bofeton en el rostro del fellah; y éste, sin apercibirse de ello, grita que su recompensa es corta y que quiere más. Vuelve el comisario á abofetearle con más furia, y el mozo vuelve á gritar pidiendo más propina. Entónces el funcionario público levanta el baston y sacude al mozo uno, dos, tres ó más bastonazos, mientras él insiste en sus pretensiones, hasta que alguno le llega tan á lo vivo, que teme por la integridad de su cuerpo. En este punto el fellah calla, cuenta sus monedas con alegría, porque nunca tal vez ganó más, y se vuelve con su burro al fango del puerto, para servir á otra persona en análogas condiciones que á esta primera.

En tanto el fellah del pescante, para quien la historia precedente ha sido sin duda muy natural, pregunta al extranjero cuánto le va á dar por su carrera: el comisario dice á éste que le dé una peseta, y el viajero le da dos ó tres: el fellah grita que ganará más si lleva á otro, y el comisario subido en la rueda sacude un bofeton sobre el rostro del cochero, injuriándole con los más crueles dictados: el fellah, sin hacer caso de los golpes, aulla pidiendo más dinero; pero el comisario se opone á que se lo den, y enarbolando el baston comienza á descargar golpes sobre el mozo, hasta que uno de ellos le aconseja callar y resignarse. Guarda el dinero con placer, ocupa su plaza debidamente, tiende el látigo á la bestia, y conduce con la mayor seguridad y el mayor cariño al extranjero á su posada. —Aquellos gritos han sido tentativas, aquellas bofetadas accidentes, aquellos palos conviccion. Nadie se extraña demasiado, nadie se altera demasiado, nadie se ofende ni poco ni mucho. El único que se asombra, el único que medita desde el primer instante, es el viajero.

Sí, señores: ese fellah desdichado, envilecido y más bruto que la bestia que tira de su carruaje, es el descendiente directo de aquellos Faraones que construyeron las Pirámides; de aquellos Faraones que realizaron la más grande de las grandezas: la grandeza egipcia. Él levantó esos monumentos, él esculpió esas estátuas, él abrió esos canales de riego, él asistió á esa civilizacion incomparable, cuyos escasos vestigios sirven hoy de luz á la ciencia, á la filosofía, al arte, á la moral y al gobierno de los pueblos cultos.

¿Qué hay, pues, dentro de esas bofetadas y de esos bastonazos recibidos con impavidez heróica, y sólo contestados con la energía de la voz y la entereza de los músculos?—Una gran raza y un mal gobierno.

El fellah, ó campesino de Egipto, es una especie de planta animada que brota en el desierto sin saber por qué, y hasta hace poco, sin saber para qué. Si la mujer árabe no fuera una gran ayuda para su marido, el fellah no existiria, ó á lo más correria hácia el Nilo envuelto en el légamo de las inundaciones.

Producto fortuito de un hombre y una mujer medio salvajes, el fellah nace sobre un monton de paja ó de yerba, segun las estaciones y las latitudes. Paja ó yerba le sirven de envoltorio con el aire y el sol: dos sorbos de leche maternal, uno por la mañana y otro por la tarde, constituyen su alimentacion de derecho divino; la del derecho humano acostumbra á buscársela pronto, volviendo las manecillas hácia un puñado de dátiles que la mujer deja á la cabecera del monton mientras trabaja en el campo. Las moscas y demás insectos volátiles cubren en toda su extension el cuerpo del niño, horadando su piel y acostumbrándola á todo linaje de mortificaciones. La criatura, convertida en panal, llora ó rie, se abrasa de sol ó se curte de viento, segun las vicisitudes de su naturaleza ó de la atmósfera. En un zurron primero, y andandito despues, holla con sus débiles plantas la arena del desierto inundada ó candente. Su educacion se limita al grito y al palo: aprende á arrear y á castigar al burro, porque este es el único oficio que le aguarda en cuanto las piernecillas le permitan correr.

Entónces, si es varon, recibe una camisa de tela ordinaria, con la cual cubre la vergüenza que se le supone; y si es hembra, un tuniquillo blanco para taparse el rostro, ni más ni ménos que esa ave candorosa que se mete la cabeza bajo el ala para no ser vista de los cazadores.—La muchacha trabaja en el campo; el muchacho va á la ciudad ó al camino para alquilar su burro. A la primera, apenas núbil, la busca un fellah para casarse porque le ayude á trabajar; al segundo, ó se le hace esclavo, ó se le lleva al ejército, ó se le pone á servir, ó se muere.

Hé aquí el fellah en sus orígenes y en sus términos. Hé aquí la planta humana á quien la civilizacion ha de fecundar.

El trabajo del fellah no ha sido nunca retribuido hasta que Mr. Lesseps intentó abrir su canal. Un permiso del virey y áun de autoridad ménos elevada, basta para presentarse al pueblo ó hato de campesinos cuya fuerza bruta se necesita: allí, á palos se les arranca de su faena personal y lucrativa para llevarlos al punto en que se levantan malecones contra el desbordamiento del Nilo, ó se rehacen veredas destruidas, ó donde peligra la cosecha del bajá.—De todos modos, el fellah no pierde nada, porque cuando vuelve á su casa tiene que entregar al gobierno el producto casi íntegro de su trabajo á título de contribucion.

El sultan apremia al virey, el virey á los bajás, los bajás á los colectores, los colectores al campesino, el campesino á su mujer, la mujer al muchacho, el muchacho al burro.—Hé aquí la conformacion social del Egipto. El burro se muere de hambre y de palos, el muchacho pide limosna, y la mujer vende naranjas ó se vende ella misma por medio de un facilísimo divorcio.

El fellah y el copto, que constituyen la base de la poblacion indígena de Egipto, vienen experimentando desde los tiempos de Omar todas las persecuciones y humillaciones que el conquistador ha impuesto siempre á su conquista, excepto el exterminio á que han aspirado con frecuencia los conquistadores. Párias ó esclavos, en Egipto hay egipcios. La fecundidad de las mujeres y la presteza y universalidad de las nupcias, compensan con exceso la muerte por el trabajo, por las epidemias, por las guerras y por la esclavitud.

A los egipcios les robaron los turcos desde su conquista la propiedad de la tierra, la libertad del trabajo, la influencia pública, el voto de los impuestos, la justicia de sus pares, el albedrío de su religion y de su vida de familia. Impusiéronles el Coran y sus prácticas, no para que ganaran el Paraiso, sino para que no les molestasen en la posesion pacífica y eterna del terreno conquistado. Mezcla entónces de pagano, cristiano y mahometano, el egipcio dejó de ser todo esto, para no ser nada. Careciendo de la facultad de poseer, perdió el apego á la tierra; careciendo de la libertad de residir, perdió la nocion de la patria; careciendo de techo y hogar, perdió las aficiones á la industria; careciendo de armas para defenderse de la rapiña del fisco, se hizo avaro de dinero y enterró con espanto su tesoro. Quedáronle, pues, únicamente, entre el señor feudal que le esclaviza, el colector que le roba, el bajá que lo maneja á su arbitrio y la familia que le despide de su seno, un cuerpo hermoso, un alma caliente, una condicion sóbria y benigna; pero un embrutecimiento moral que le equipara, con desventaja á veces, al asno que arrea, á la mula con que ara, al camello y al elefante con que transita.

El único dios del egipcio contemporáneo es el dinero, y el dinero en especie. Cuando acota un pedazo de tierra para trabajar, y las inundaciones, los vendavales ó los insectos no le destruyen la cosecha, corre el peligro diario de que el bajá le usurpe todos los productos á título de contribucion ordinaria ó extraordinaria. Por eso quiere sólo dinero, y esconde el dinero: por eso toma y gasta tambien, con preferencia al suyo, el dinero de la usura, que ese ménos tendrá á la vista el dia del reparto brutal de los tributos. La usura es, por consiguiente, una institucion en el moderno Egipto, y no de las ménos dignas de atencion y estudio.

Entrégasele al fellah ó al copto una suma metálica, en las épocas de la simiente, siempre menor á la mitad de los productos eventuales del terreno. Esa suma devenga de ordinario el cinco por ciento al mes (tasa legal), y está vigilada por el turco capitalista, ó por los dependientes de la casa europea que, con dádivas á las autoridades, consiguen una preeminencia igual á la de los señores del país. Si la cosecha es buena, el usurero se lleva la mayor parte, y el bajá acrece la contribucion á pretexto de la abundancia: si la cosecha se pierde, el egipcio está perdido para muchos años. De todos modos, lo único que puede conservar es algun poco de dinero, y ese necesita ocultarlo lo mismo del usurero que del bajá.

Sórdido, pues, en sus instintos de avaricia; temeroso de ser esclavizado, mutilado ó atormentado á cada momento; sin afan por las cosas ni por las personas; cegada su moral y casi cartilaginosa su alma, como acerado y curtido se halla su cuerpo, el egipcio despierta al ruido del dinero como el chacal al olor de la carne: dispútalo al modo de la fiera, sin razon ni medida; sufre cual ella los golpes y las injurias del poseedor, sin atender á otra cosa que arrebatarlo; y cuando la lucha se hace ya imposible, cuando el cuerpo, por duro que sea, y el espíritu, por alto que se sienta, van á sucumbir en el combate, coge la tajada que puede, huye con ella del lugar del tumulto, y, como la fiera tambien, se relame el hocico, sin recordar maldiciones ni bastonazos.—Hé aquí, señores, la explicacion de las escenas que presenciamos ántes.

Yo no puedo entrar, con este motivo, en pormenores sobre lo que en Egipto comienza ya á suceder en contra de esto, desde el gran reinado de Mehemet-Alí y la gran batalla del señor de Lesseps. Déjolo á la mayor ilustracion de aquel de mis colegas á quien en su dia tocará la administracion y gobierno del país, y prosigo mi ruta por el interior de la existencia de aquellas gentes.

III.

Al estudiar la vida social de los pueblos orientales, y por consecuencia del Egipto, lo que más profundamente hiere la imaginacion del observador, es la ausencia de la mitad del linaje humano. En Egipto no hay mujer: todos los egipcios son hombres.

Aparte de esas desdichadas criaturas á quienes se ve en el campo escarbar la tierra, mientras el hijo con lágrimas de hambre llora las inclemencias de los insectos y de la atmósfera; aparte de la mendiga que os pide pan, y de la vendedora que os ofrece frutas, todas las cuales podrian pertenecer á un tercer sexo, si en tres sexos estuviese dividida la naturaleza humana, no encontrareis en la vida de Egipto ni la presencia ni el rastro de la mujer. La mujer, si existe, está escondida, anulada, presa.

Creen algunos que los orientales experimentan hácia la mujer un culto exagerado, y que por esto la aislan del trato y comunidad de las gentes; pero no es así. Los mahometanos encierran en su casa á la mujer, como encierran los muebles útiles y costosos, como el dinero y las alhajas, como todo lo que debe guardarse para evitar el peligro de que se pierda. La mujer para el mahometano es la primera de las cosas, pero es cosa.

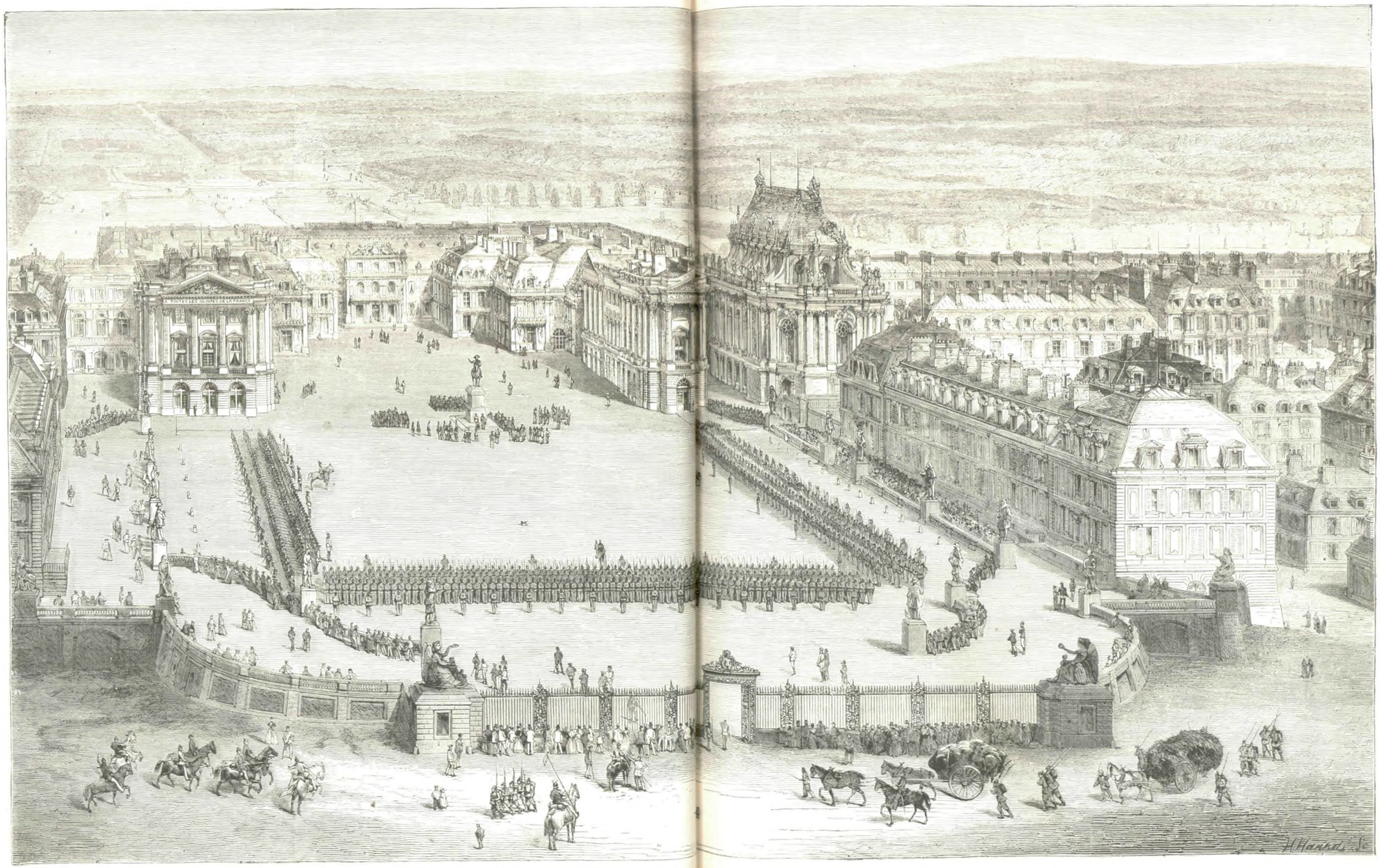
Una de las pruebas de la absoluta exactitud de este aserto, es que á la posesion de la mujer no precede en el mahometano el amor. Príncipe ó magnate, los emisarios se las escogen y cautivan en las tierras de la hermosura; modesto propietario ó simple bracero, busca su mujer ó mujeres entre aquellas que deben existir en la casa del hombre á quien se las pueden comprar; y sean cualesquiera, digo, los precedentes de la union, nunca el mahometano conoce á su mujer ni la estima, cuando ya la guarda en las gavetas de su serrallo. Sucédele, pues, lo que á nosotros cuando adquirimos la joya en casa del diamantista: principiamos á amarla por el valor que representa, y, oculta en el estuche, la llevamos desde el escaparate del artífice á la caja de hierro de nuestro gabinete.

No precediendo el amor á la posesion, desaparece toda idea de culto, y sólo quedan las de conveniencia, vanidad y placer. El egipcio, por consiguiente, al casarse, ejecuta un acto casi mecánico de la vida, adquiere una mujer casi mueble para su vivienda, compra una criatura casi diamante para su joyel. El espíritu no figura para nada en este acto tan universal y constante de la existencia pública, dándose, en consecuencia, el rarísimo espectáculo de que allí donde apenas se conoce la liviandad (las mujeres mundanas de Egipto vienen por lo comun de Grecia); allí donde se desconoce ó es punto ménos que imposible la infidelidad; allí donde todos los hombres y todas las mujeres se casan en la juventud, como podria desearse en la sociedad más morigerada, honesta y virtuosa del mundo, allí precisamente, señores, es donde la mujer vejeta en la abyeccion; allí es donde no se encuentra á la madre, á la esposa, ni á la hija; allí es donde se ha proscripto por completo la hermosa mitad del linaje humano.

Permitidme que emita, con este motivo, una idea quizá atrevida, quizá errónea; pero útil tambien quizá en los tiempos presentes, cuando ciertas doctrinas morales y filosóficas se están llevando al terreno de la práctica, con algo de precipitacion, diré, por no decir con algo de inconsciente entusiasmo.—El matrimonio de los egipcios no es otra cosa, señores, que el matrimonio civil de nuestras modernas leyes. Lo que nos asusta en aquel pueblo, como trasunto de siglos bárbaros y como producto de doctrinas fatales, es lo que se encarece, introduce y tolera como adelanto y progreso de la humanidad, en el por tantos títulos civilizado y civilizador siglo XIX.

Pidoos un instante de reposo ántes de contradecir esta proposicion atrevida, y apresúrome á guarecerme detrás del más liberal de los liberales, detrás del más revolucionario de los revolucionarios, detrás del más libre-pensador de los pensadores modernos.—Proudhon ha dicho, en sus *Confesiones*, estas terminantes palabras:—«El matrimonio disoluble no es más que un concubinato. De todas las teorías sobre el divorcio, la teoría de la Iglesia católica es la mejor.»

Ya veis, señores, que no he ido á buscar mi apoyo en un Concilio; y como sé delante de quienes hablo,



VERSALLES: CUARTEL GENERAL DEL EMPERADOR DE ALEMANIA.

de vosotros que todo lo estudiais con cordura, que todo lo dilucidais sin supersticion, que todas las doctrinas las pesais en la justa balanza del raciocinio más morigerado, por eso me atrevo á añadir por mi cuenta:—Una de las cosas de que tendrá que avergonzarse el siglo presente ante el juicio de la historia, será de haber creido que se podia secularizar el matrimonio.

En efecto: ó el matrimonio es un sacramento ó es una insensatez. Si es un sacramento procede de la divinidad; si procede de la divinidad es indisoluble; si es indisoluble es monógamo; si es monógamo constituye el único robusto tronco de la familia; y, señores, Proudhon, que niega la divinidad y la familia, no se atreve á conceder el divorcio. ¡Pensadlo bien!

Si el matrimonio no es un sacramento; si puede ser arrancado del altar del sacerdote para conducirlo al pupitre del alcalde; si es un contrato civil; si es un casamiento egipcio, ¿quién es el jurisconsulto presuntuoso que puede imponerle perpetuidad é indisolubilidad, creyendo que los hombres han de reconocerla y observarla?—El hombre comprará una casa ó alquilará una casa ante escribano, diciendo que va á ocuparla toda la vida; pero en cuanto la casa no le convenga, en cuanto sea estrecha para sus comodidades, en cuanto la encuentre fea y vieja, en cuanto no tenga dinero para costearla, vereis que la vende ó desalquila, que la destruye ó que la quema; vereis qué poco caso hace de la escritura, vereis qué impotentes son las leyes para impedírselo.

El matrimonio civil ha nacido en la sociedad contemporánea, como fruto legítimo de la indiferencia religiosa; es un expediente inventado por la incredulidad para no abolir el casamiento de los hombres y las mujeres; es una transaccion hipócrita entre el concubinato que asusta todavía y las nupcias sagradas en que no se quiere creer. Háse extendido por la Europa civilizada porque es cómodo, porque excusa deberes, porque facilita amalgamas absurdas, porque propende á desligar al hombre de lazos que abruman y que espantan, cuando se carece de fé para soportarlos. Encómiasele en nombre de una tolerancia forzosa de cultos y creencias á que el siglo actual no puede negarse sin renunciar á su orígen y á sus destinos; en nomde una fraternidad universal que se toma por unitaria cuando no puede ser más que federativa, segun se dispuso en la Torre de Babel; en nombre, por fin, del argumento de la propagacion espontánea y constante de la misma secularizacion del matrimonio; argumento, este último, que tendria gran fuerza, á despecho de oposiciones, si la tuviera este otro:—La langosta es utilísima á las plantas, porque á despecho de los labradores, se extiende por todos los campos.

No quiero omitir ninguna de las alegaciones que sancionan este nuevo negociado del casarse y descasarse. Y digo, de una vez para siempre, que casarse por la alcaldía, es sinónimo de descasarse, áun cuando las leyes lo prohiban; porque en primer lugar las leyes originarias de estos contratos no lo prohiben ni pueden prohibirlo, y si alguna aparece con la prohibicion vergonzante, es por no alarmar demasiado al público, y á reserva de establecer el divorcio en tiempo oportuno.—Los egipcios lo tienen ya tan simplificado, que les basta presentarse á la autoridad local del pueblo y decir delante de ella á su mujer:—«Yo me quiero separar de tí, yo me quiero separar de tí, yo me quiero separar de tí.»—El divorcio queda consumado. Bien es verdad que el casamiento fué mucho más breve, porque ya ni al cadi se lo participan.

Iba diciendo que entre las alegaciones favorables al matrimonio civil, hay dos que no carecen de fuerza.—Es la primera, que lleve tres cuartos de siglo de práctica en algunos paises cultos, y no se hayan desmoronado todavía las sociedades, ni ménos entibiádose el ardor propagandista de los que lo aceptaron. Es la segunda, que han existido sociedades perfectas, y familias modelo, y organizacion patriarcal de costumbres dignas de envidia, en pueblos que no han tenido la fortuna de conocer al verdadero Dios, ni ménos el noble y elevado culto del cristianismo.—A la primera objecion voy á contestar por mí propio: á la segunda contestará la historia.

Cierto que no se han desmoronado todavía las sociedades; pero ¿qué son tres cuartos de siglo para tocar resultados concluyentes en asuntos que abarcan la constitucion íntima de los pueblos? Basta con observar que los lazos de familia se relajan, que los divorcios acrecen en cifras alarmantes, que los hijos abandonados por la ley superan ya en algunas naciones cultas á los abandonados por el crímen, para conocer que un mal originario no puede ménos de producir sus naturales consecuencias. Además, señores, tres cuartos de siglo hace tambien que Jenner descubrió la vacuna, y fué aclamado y seguido por los pueblos, con razon sobrada, como un bienhechor de la humanidad; y ahora ya nadie se atreve á discernir sobre la eficacia de aquella teoría, ante el horrible espectáculo de las epidemias variolosas que afligen hoy como nunca á las criaturas.—En el mundo moral los siglos son semanas; pero las catástrofes de un dia suelen extenderse por muchos siglos.

No hay que extrañarse ahora de que abunden liberales que anatematicemos la secularizacion del matrimonio; porque la secularizacion del matrimonio no es un dogma del principio liberal. Nació en tiempo de la revolucion francesa, durante aquellos terribles dias en que todo se suprimió, incluso la nocion de Dios y la práctica de las religiones. Como los franceses y las francesas querian casarse, sin embargo, fué preciso hacerlo ante una autoridad civil, ya que era imposible verificarlo ante una autoridad eclesiástica; y áun cuando la restauracion despues quiso enmendar todos los errores de aquella orgía política y moral, sobre cuyo juicio *áun es impotente para decidir la historia*, tropezóse con grandes dificultades respecto á las consecuencias del matrimonio; consecuencias que habian recaido en séres inocentes, que alteraban la constitucion de la familia en dos generaciones por lo ménos, y que introducian una perturbacion de intereses morales y materiales, que el imaginarla sólo produjo el espanto del legislador y del sacerdote. Transigióse, pues, con el matrimonio civil, como se transige con lo irremediable, y en la persuasion de que el mal se iria enmendando por sí mismo; porque es bien seguro (tales eran los desórdenes ocasionados por aquel estado de cosas) que si Robespierre hubiera podido restaurar á Dios ó inventar otro nuevo, como deseaba, el matrimonio hubiera vuelto á ser sacramental en los dias de la revolucion francesa, durante los cuales se hizo por sí propio civil. Desde los altares de la diosa Razon no se caminaba á la familia, sino á la inclusa.

IV.

Hubo, en efecto, sociedades que, sin participar de la gracia del verdadero Dios, constituyeron el matrimonio y la familia de una manera tan admirable, si no más, que el matrimonio y la familia cristiana. Entre estas sociedades, las más conocidas y estudiadas, así como las que han influido directamente en nuestras costumbres, son Grecia y Roma.—¿Cómo, pues, estaba allí organizado el matrimonio?

Entre los griegos, como entre los romanos, el matrimonio era la ceremonia santa, única que podia producir los grandes efectos de la familia. Al llamar *sacrum nuptiale*, como llamaban, la union del hombre y de la mujer, los pueblos civilizados de la antigüedad demostraban bien claramente que no se arranca una hija del seno de su madre, que no se atenta á su pudor, que no se la obliga á huir de los suyos para echarse en brazos, nombres y culto de otros, sino por vía de la religion y en holocausto á elevados y divinos deberes. Era entre ellos sagrada sobre todas la ceremonia de las nupcias; un sacerdote la autorizaba con su presencia; pronunciábanse fórmulas sacramentales; se oraba ante los dioses; comian los esposos de un mismo pan y bebian en una misma copa; verificábase, por fin, ante la divinidad y ante la familia, fusion de ritos, fusion de lares, fusion de mesa, fusion de tálamo. Sólo así pudieron decir los sábios antiguos: — *Nuptiæ sunt divini juris et humani communicatio.*

Semejante proceder, ha dicho un distinguido autor moderno, enseñaba al hombre que la union conyugal era alguna cosa más que una inteligencia de sexos, y que una afeccion pasajera de esas que pueden alterarse. El hombre y la mujer, unidos por tan solemne ceremonia é invocando tan sagradas bendiciones, comprendian desde luego que su lazo era precursor de los dos grandes y únicos elementos de la familia: la monogamia y la indisolubilidad. Una sola mujer y para siempre: hé aquí la fórmula griega y romana de las épocas más civilizadas del mundo. El divorcio, por consiguiente, apenas se concebia; la disolucion del voto religioso, era punto ménos que imposible. — Y hé aquí, señores, cómo aquellas gentes que vivian en el seno del paganismo, adivinaban y ejercian la gran máxima apuntada en el *Génesis*:—*Quod Deus conjunxit homo non separet.*

Cierto es, señores, que si entre los griegos nó, entre los romanos se experimenta con el tiempo esa necesidad, que dicen que se experimenta hoy en el seno de nuestra sociedad moderna, de despojar al matrimonio de su fundamento religioso para convertirlo en asunto puramente civil; pero ¿cuándo sucede esto? ¿cuáles son los resultados que ello produce?—Esto sucede en la decadencia del imperio romano, en la prostitucion del imperio romano, en la disolucion y muerte del imperio romano. ¿Qué es lo que sucede? (me preguntais). Lo que no podia ménos de suceder, lo que sucederá ahora, lo que sucederá siempre en las matemáticas cuando se quiera partir del principio de que 4 y 5 son 14. Al desaparecer el sacramento aparece la disolubilidad, porque el hombre no ha podido creer ni creerá nunca que lo que se hace entre hombres pueda ser eterno; al aparecer la disolubilidad desaparecen los lares, y con los lares la familia; al desaparecer la familia aparece la sensualidad, y con la sensualidad la poligamia; al aparecer la poligamia, echan de ménos los romanos el sacramento de las nupcias, é introducen el *mutuus consensus*, y tras de éste el *affectio maritalis*; es decir, el hombre compra á la mujer, el hombre alquila por un año á la mujer, el hombre usa á la mujer (*usus*): especies todas de matrimonio que al ser implantadas en Oriente por el pueblo dominador que hasta en su sublime agonía de mil años conquista reinos con las aletadas que le permite sacudir el arpon clavado en su seno moribundo; al implantarlas, digo, en los pueblos de Oriente, lleva á éstos como por la mano á las puertas del harem, de donde salen, señores, madres sin hijos, mujeres sin esposos, hijos sin padres, la esterilidad por sistema, la belleza carnal por culto, la mutilacion por ley previsora, la celosía por salvaguardia del pudor, la anulacion, en fin, de la mujer, como fundamento de un estado social que pudiendo ser únicamente presidido por la Virgen del amor hermoso, recibe la presidencia de la Odalisca del paraíso de Mahoma.

Sí, señores: la mujer en Oriente, tal como la instituyó el Profeta en el Coran, bajo las impresiones de la ley decadente romana, puede compararse á un bello árbol cuyas lozanas hojas templan los ardores del sol, pero cuyo fruto no se come.—En Egipto no hay madre.

Y ¿sabeis lo que falta cuando falta la madre del cristiano, esa madre á quien debemos, segun la expresion de un poeta moderno, la circulacion de la sangre y la inoculacion de la fé?—Pues oid al abate Baüer cuando dice:—Hay entre Dios y la mujer, entre la divinidad y la maternidad, entre Jesucristo y la cristiana un tratado tácito, antiguo como lo ley divina, dulce y sagrado como el amor, que parece ratificado en la siguiente escritura:—Yo, el Dios hecho Hombre, el Hijo de la Vírgen María, yo te concederé la gracia de un hijo con pureza, á condicion de que tú seas el padre de su alma pura tambien, derramando sobre ella desde los primeros albores de la razon, con ayuda de tus santas lágrimas y tus sagrados besos, mi nombre, mi fé y mi amor.»—Eso es lo que falta en Egipto.

Abrid el Almanaque de Gotha, y vereis que cada dia le nace un hijo al Khedive; pasead por el Cáiro y vereis en cada calle un harem; tomad un camino de hierro en Oriente, y tras de vuestro vagon marchará otro con celosías henchido de mujeres; presenciad el matrimonio, y lo hallareis tomado á la usanza romana, con el velo que cubre á la novia, con el rapto que

figura el novio, con las lágrimas de las mujeres que semejan el cambio de penates, con el agua lustral y las libaciones y la torta comun, con todo lo que impide dudar de que ese mismo y no otro sea el matrimonio que celebran; pero no el *sacrum nuptiale* de los antiguos, sino el consentimiento mútuo, la afeccion marital, la compra, el uso de los últimos romanos que concluyeron con su familia y con su patria.—Desmenuzad el pormenor de ese matrimonio y vereis al amor sustituido por un contrato, la fidelidad sustituida por un cerrojo, los celos sustituidos por un eunuco, la constancia sustituida por una imposibilidad, la reproduccion santa y dichosa sustituida por el accidente fortuito y quizás enojoso; contemplad todas las afecciones que ennoblecen el alma humana, proscriptas en ese matrimonio y en esa vida de los modernos egipcios, y decidme ahora cuál puede ser la condicion de ese pueblo y cuáles sus costumbres y su cultura.

El hombre puede entregarse libremente á la codicia, á la guerra ó á la ociosidad. Si es muchacho apaleará al burro, si es viejo pedirá limosna, si es mozo servirá al Sultan en las armas ó en la tierra, si es rico explotará al pobre, si es pobre será explotado por el rico; y por último, si es mujer se embrutecerá, se hinchará y morirá en la indiferencia de su cárcel. Todo aquello por cuyos misteriosos resortes el hombre se mueve en las esferas del mundo civilizado, todo ello falta en la conformacion de la vida mahometana; y todo ello falta, porque la religion de Mahoma proscribe y anula la mujer.

La mujer, señores, que como ya he dicho en otra parte, no es la mitad del género humano, sino la engendradora del género humano. La mujer, que es la base de la familia, ó por mejor decir, la familia toda entera.—Suprimid la mujer y no hay padres, no hay hijos, no hay esposos. Los padres no lo son de aquella que entregaron para no volverla á ver más en la vida; los hijos no lo son de aquella que los brota por casualidad y de quien se separan para siempre; los esposos no pueden serlo de la mujer á quien apenas conocen y de la que de seguro no se acuerdan: en Egipto no hay, pues, padres, ni hijos, ni esposos; en Egipto no hay familia.—Todo esto depende de que en Egipto no hay mujer.

Las sociedades no han sido sociedades hasta que la mujer ingresó en ellas. Fueron hatos de pastores, muchedumbre de guerreros, manadas de esclavos, partidas de bandidos, todo, menos sociedades.—Sociedad es la agrupacion de casas, y casas no existen donde no hay una guardadora perenne que las constituya. Los trogloditas, horadando la montaña para hacer la cueva personal, eran tan *garzones* en la historia bárbara, como lo son los jóvenes emancipados de Paris en los hoteles *garnis* de la Francia civilizada.

La mujer por su forma, por su constitucion y por su destino, es eminentemente sedentaria. Lo sedentario requiere techo y hogar; el hogar atrae al hombre por los impulsos del amor; el amor se extiende y reproduce bajo el hogar, desde la mujer al niño: mujer, hombre y niño forman, por lo tanto, bajo el humo de la chimenea en que se condimentan los manjares, la casa del pastor, la casa del guerrero, la casa del esclavo, la casa del bandido: hogares y sociedades.

No es que el hombre necesite ser bueno para tener casa; es que el hombre necesita tener casa para ser hombre. La vida nómada de la historia primitiva, no pudo constituir nunca sociedades. La ambulancia es lo contrario de la fecundidad, y la infecundidad es lo contrario del mundo.

Ahora bien: hay una cosa parecida á la ambulancia, aunque simulen lo contrario casas, techos y hogares; y esa cosa es la proscripcion y encierro de la mujer. Cuando la mujer está encerrada, el hombre vuelve á ser pastor, guerrero, esclavo ó bandido, á pesar de que tenga techo y hogar. Es entónces el troglodita de un palacio, el nómada de un pueblo; pero siempre es el hombre primitivo, el bárbaro de los tiempos incultos.—Esto es lo que sucede en Egipto y en todo Oriente.

Sin la mujer no hay sociedad, ni progreso, ni civilizacion posibles. Ella, á más de ser el fundamento único de la familia, es el moderador de los defectos del hombre: hombre y mujer constituyen el perfecto equilibrio de la balanza humana; si se suprime uno de ellos, la balanza pierde su fiel. Así sucede en Egipto.

Arrinconada, humillada, desperdiciada la mujer oriental, el hombre no es más que medio-hombre, el pueblo no es más que medio-pueblo, la civilizacion no será nunca más que medio-barbarie.

En lo que va de siglo, todas las barreras del Coran han sido asaltadas. Á la intransigencia religiosa, ha sucedido la tolerancia con los europeos; á la oracion y molicie perpétuas, han sucedido una actividad y laboriosidad relativas: el traje de Occidente ha sido adoptado, y al turbante sucede el tarbuch; el cerdo y el vino se deslizan por las rajas de la casa del mahometano; la ciencia y el arte penetran sin oposicion al través de la puerta de la escuela; todos los signos del vencimiento se perciben en el comercio de las costumbres y en el trato de las gentes; pero en llegando á la puerta del harem, el turco abre sus brazos y grita al europeo:—«¡No pasarás!»—Mahoma supo lo que se hizo.

Pues bueno: si el harem subsiste en Oriente á pesar de las ingerencias de Occidente; si el Coran es deleznable *en todo menos en la poligamia; si la mujer continúa suprimida y anulada*, la civilizacion no tiene más que un camino para penetrar allí, y ese camino corta el Coran de medio á medio, pasa por la Meka y destruye el sepulcro de Mahoma.

El cristianismo es sólo el que puede emancipar á la mujer arábiga; la mujer es la sola que puede constituir la familia oriental; sin la mujer no hay más que medio mundo; sin la mujer no habrá nunca en Egipto más que media civilizacion.

Hace algunos años que, en esta misma silla donde yo me siento ahora indignamente, se sentaba, entre otros dignísimos ingenios, uno malogrado y llorado para todos y por todos nosotros, filósofo y poeta, estadista y pensador profundo, el señor don Nicomedes Pastor Diaz; el cual, terminando sus lecciones sobre el socialismo europeo, pronunciaba estas elocuentes palabras:—«La cuestion social, como la del matrimonio, sólo puede resolverse delante de Dios y al pié de los altares.»

Bien ajeno se hallaba entónces el filósofo cristiano de que la cuestion del matrimonio iba á aparecer resuelta cuatro dias despues al pié del alcalde, en Europa, ni más ni ménos que en Egipto. Pero dejando á un lado su asombro para que lo perciba íntegro en el sepulcro, ye he de repetir aquí esas palabras, porque encajan de molde en el asunto que me proponia tratar entre vosotros:

La cuestion social de Egipto, que no es otra que la del matrimonio, sólo puede resolverse delante de Dios y al pié de los altares.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

NECROLOGIA ESPAÑOLA.

1870.

(CONCLUSION.)

VARIOS.

Don Pedro Pablo O'Reilly, marqués de San Felipe y Santiago, grande de España, coronel del regimiento de Milicias disciplinadas de la Habana, muerto en dicha poblacion.

Don Manuel Fernandez Campoy, fundador de las Escuelas de gratitud, muerto en Madrid el dia 6 de Febrero.

Don Julian Iruela y Gonzalez, alcalde popular del distrito de la Universidad de Madrid, comandante de voluntarios de la Libertad y comisario de la Sociedad filantrópica de Milicianos nacionales veteranos. Falleció en Madrid en 11 de Febrero.

Don Antonio Perez de Herrasti y Chacon, conde de Antillon, maestrante de Caballería de Granada y director que fué de lo Contencioso. Murió en Madrid en 14 de Febrero.

Don Juan Antonio Sanchez Blanco, alcalde popular del distrito de la Latina de Madrid y comandante de un batallon de voluntarios de la Libertad. Muerto en Madrid el dia 3 de Marzo.

Don José Rodriguez de Losada, célebre relojero español, premiado en diferentes exposiciones públicas, y proveedor de la Armada. Muerto en Lóndres el dia 6 de Marzo.

Don Mariano Vela, jefe de Administracion civil, y médico que fué del Hospital del Buen Suceso, murió en 8 de Marzo.

Don Justo Hernandez, rico propietario y ganadero, murió en 10 de Marzo.

Don Mateo Seoane, doctor en medicina, gran cruz de la Orden de Isabel la Católica y comendador de la de Cárlos III, académico de la española de la Lengua y de la de Ciencias. Muerto en Madrid en 21 de Abril.

Don José Benjumeda y Gens, decano jubilado de la Escuela de Medicina de Cádiz, y el catedrático más antiguo de su escalafon. Muerto en aquella capital en edad avanzadísima.

Don Claudio Feliú y Fontanills, célebre por el ruidoso proceso que se le formó hace años, por usurpacion civil. Muerto á consecuencia de las heridas que recibió en la insurreccion republicana de Gracia (Barcelona).

Don Ignacio Oliver y Brighfeus, profesor de Medicina, médico mayor de Sanidad militar, autor de varios trabajos profesionales y sócio de la Academia de Medicina de Madrid. Muerto el dia 8 de Julio en los baños del Molar.

Don Miguel Calina, ingeniero jefe de la provincia de Pontevedra, muerto en Agosto en aquella capital.

Don Francisco Vié, jardinero mayor de Palacio, muerto en Madrid el dia 17 de Setiembre.

Don Francisco de Tramarría y Carranza, director y catedrático jubilado del Instituto del Noviciado, de la Escuela de Pajes y de la de Comercio; autor de varias obras didácticas muy apreciables. Muerto en Ogarrio el dia 2 de Octubre.

Don Pedro Lopez Claros, doctor en Jurisprudencia y catedrático jubilado de la Escuela del Notariado. Falleció en Madrid el dia 4 de Octubre.

Don Agustin Urgellés, distinguido químico, director de la *Gaceta universal*, muerto en Villafranca de Panadés.

Don José Pizcueta y Donday, doctor en Medicina y Ciencias, catedrático de Botánica y rector jubilado de la Universidad de Valencia; creador y director durante cuarenta años, de aquel Jardin botánico; presidente de la Academia de Medicina de Valencia, y comendador de número de la Orden de Cárlos III. Muerto en Madrid el dia 20 de Noviembre.

Don Andrés Ayllon y Garcia, medico de las Casas de Socorro de Madrid y autor de una notable Memoria sobre dicha Institucion; condecorado con la cruz de Beneficencia de primera clase, é individuo de varias corporaciones científicas. Muerto en Madrid en 28 de Noviembre.

Don Gregorio Camilo Garcia, escribano de Cámara del Tribunal Supremo de Justicia, y caballero de la Orden de Cárlos III. Muerto en Madrid el dia 25 de Diciembre.

O. B.

REVISTA CIENTÍFICA.

(CONCLUSION.)

El astrónomo Proctor manifiesta temer, segun escribe en el último número del *Science Review*, que muchas observaciones no producirán utilidad de ninguna clase, porque poniendo un ejemplo, cuantos tienen la opinion de Faye, de un escritor notable en un artículo reciente de *Nature*, y de otros varios, relativa á que la corona no es una adyacencia solar, y que todavía se necesita probar la verdadera posicion de semejante notabilísimo fenómeno de los eclipses totales, pierden el tiempo ocupándose de una cuestion que hoy ya está fuera de duda para gran número de notabilidades científicas.

Mayor utilidad que la de las anteriores observaciones, y de otras propuestas que callamos, han de haber revestido las que se hayan efectuado para establecer si se confirma un hecho aseverado por los astrónomos americanos Young y Pickering, el cual niegan algunos sabios europeos. Aquellos, con datos del eclipse total, que fué visible en ciertas zonas de América el 7 de Agosto de 1869, establecieron para la atmósfera del sol una extension cerca de cuatro veces mayor que la fijada anteriormente. Aunque nadie niega la exactitud de tales datos, algunos hay que interpretan la referida mayor extension aparente de dicha atmósfera, con el hecho de que en la época del citado eclipse debió pasar junto al sol el cometa de 1843.

Hasta ahora no se ha confirmado por los trabajos sobre el último eclipse, que existan en el espectro las tres rayas descubiertas por Winlock, en el del año anterior, características de nuestras auroras boreales, de lo cual ha deducido que éstas y la corona solar son fenómenos idénticos; aseverando por su parte, el astrónomo Morton, que dicha corona es sólo una descarga eléctrica incesante, que varía con la misma gran rapidez propia de las auroras polares.

Las observaciones termométricas ya publicadas del último eclipse, no parecen confirmar las del anterior visible en América, segun las cuales se notó al comenzar dicho fenómeno que el calor aumentaba.

Aunque las quinientas fotografías de los diversos aspectos del eclipse americano aventajan por belleza y exactitud á cuantas existian de los anteriores, se aguardan, no obstante, con impaciencia las que hayan logrado sacarse el 22 de Diciembre; porque en el dia tales vistas, si se consiguen con la gran claridad y precision de aquellas, podrán servir de base para cálculos astronómicos. Con semejantes medios, unidos á los datos de las observaciones helioscópicas y espectroscópicas, Mr. Lockyer tiene anunciado que podrán borrarse todo género de dudas sobre la situacion de la corona, la cual no es otra cosa, segun este famoso astrónomo, que una envolvente que se extiende á muchísima mayor altura que la de las protuberancias más elevadas.

Otro de los grandes problemas que aguarda una solucion irrefragable, versa sobre los rayos argentíferos que salen de la aureola en el eclipse total, la interpretacion de los cuales conduce á varios astrónomos á deducir, que la corona es originada por el paso de haces de luz á través de las desigualdades de la superficie de la luna. El doctor Oudemann, segun una Memoria que recientemente ha leido Mr. De la Rue en la Sociedad astronómica de Lóndres, es de opinion que tales rayos provienen de una materia luminosa situada entre la tierra y la luna. Áun cuando existen datos que hacen dudar de la exactitud contenida en semejante opinion, lo anterior está, empero, indicado como un ejemplo para hacer ver la diversidad de teorías expuestas á fin de interpretar los rayos de la corona, lo cual es todavía más difícil que la explicacion de las causas de la corona misma. Es necesario, pues, perseverar practicando observaciones ántes de poder construir una base sólida sobre qué fundar una opinion acertada. Áun falta saber de una manera indubitable si tales rayos cambian de lugar, como aseveró el doctor Gould con respecto al último eclipse americano, si bien lo niegan el doctor Curtis y otros varios observadores.

Las afirmaciones respecto á movimientos aparentes de los rayos aludidos, merecen escaso crédito; porque cualquiera poco ejercitado, al ver un eclipse total, experimenta la ilusion de creer que la aureola de luz tiene cierto movimiento. Don Antonio de Ulloa escribió acerca del eclipse de 1778, que la corona tenia un movimiento de rotacion parecido al de una rueda girando sobre su eje en los fuegos artificiales; pero no dice si los rayos aparecian fijos en el mismo lugar. El mayor número de observadores consideran que tales rayos no varian de posicion, segun puede verse en el tratado admirable del catedrático Grant sobre la *Historia física de la Astronomía*.

Las anteriores indicaciones, incompletas y brevísimas, prueban el gran interés científico que cualquier eclipse total de sol reviste. Hay muchos problemas, relativos á la corona, ó aureola de luz blanca, que circunda al disco del sol y que sólo está visible durante los eclipses, muy léjos de poderse resolver satisfactoriamente. Entre otros diversos particulares, falta saber, de un modo indudable, si aquella luz blanca proviene de algun gas luminoso, de una atmósfera propia del sol, ó de materias en un estado de elevadísima temperatura. Á fin de vencer tales dificultades se requiere toda la energía de los astrónomos, que deben confrontar las nuevas observaciones con las antiguas de pasados eclipses, para que con habilidad é ingenio se logren interpretar algunos, si no todos, los grandes problemas que están sin resolver acerca de tan importante y sublime materia.

Nadie ignora la descomunal trascendencia científica de los eclipses totales de sol, los cuales sólo pueden observarse en un mismo punto de la tierra, cada doscientos años próximamente. En el siglo actual, los principales que ocurrirán son: el del 19 de Agosto de 1887, total en Prusia y Rusia; el del 17 de Junio de 1890, que será anular en el Mediterráneo y parte de Asia; y el del 9 de Agosto de 1896, tambien total en Noruega, Laponia y Rusia. Por último, para no hacer interminables estas noticias, sólo apuntaremos que el 28 de Mayo de 1900 habrá otro eclipse total visible en la península ibérica.

Todavía tenemos que añadir algunos apuntes breves sobre el estado actual de la teoría más moderna y general acerca de la constitucion física del sol, asunto siempre muy debatido por los astrónomos de todas épocas y países. Segun la hipótesis de Herschel, el sol es un cuerpo opaco como la tierra, con montañas y valles, al cual rodea una triple atmósfera, una de cuyas partes origina la luz y el calor. Mas como la densidad del sol es únicamente un poco mayor que la del agua, no debe suponerse que la parte central de dicho astro esté líquida, ni sólida. De otra parte la temperatura del sol, calculada por Waterston en diez millones de grados, junto con otros datos, conducen á creer que ese cuerpo es una masa en estado gaseoso. —Así, en el centro del sol todas las sustancias se convierten en vapores, los cuales suben hácia la superficie, donde se condensan en nubes de hierro y otros metales. La zona donde existen tales nubes reune condiciones análogas á las de una llama llena de partes sólidas, y formará en derredor del sol una foto-esfera luminosa.

La hipótesis del sol formado de una masa gaseosa en el centro, con nubes á cierta altura y otra vez gaseosa en su parte exterior, explica satisfactoriamente casi todos los fenómenos que se observan en su superficie, y se tiene en el dia como la más exacta y acreditada. La parte exterior nombrada, que permanece expuesta á radiaciones hácia los espacios celestes, pierde su estado gaseoso al enfriarse, y subsiste condensada en forma de masas vaporosas pero incandescentes en la atmósfera gaseosa y diáfana que rodea aquel globo, formando la capa brillante llamada la foto-esfera. Tanto en ésta como en el interior del cuerpo solar se verifican reacciones químicas vastísimas y movimientos físicos muy complicados. Causas, que áun se desconocen, trasportan grandes masas del interior al exterior, produciendo inmensas lagunas en la capa luminosa y originando las manchas del sol.

Encima de dicha capa se esparce la atmósfera, formada de vapores transparentes, que se elevan á distintas alturas segun sus diversos pesos específicos. De todas esas sustancias, el hidrógeno el la ménos densa, lo cual hace que flote sobre las demás á grandísima altura, formando nubes y columnas que constituyen las protuberancias color de rosa observadas alrededor del sol durante los eclipses. El hierro y el calcium on las materias más abundantes en el fondo de las manchas al romperse la foto-esfera.

La atmósfera del sol es vastísima y tiene forma elíptica, presentando mayor actividad en las regiones ecuatoriales y en aquellas donde las manchas aparecen.

Aunque la espectrometría revela la composicion química del sol como formada de sustancias iguales á las de los cuerpos terrestres, distamos mucho todavía de conocer la naturaleza de todas las materias que en dicho astro existen.

Aquel globo inflamado, manantial de la vida y causa del movimiento sobre los planetas, fué en un tiempo una masa nebulosa análoga á las que vemos en la profundidad del cielo. Al enfriarse semejante masa dió origen á los planetas y á sus satélites, y todavía conserva todo el calor resultante de su condensacion. Dicha masa puede aparecer en el porvenir sin el color y la luz con que hoy brilla; pero han de pasar millones y millones de años ántes que sea ineficaz para sostener la fuerza y la vida. Los conocimientos humanos relativos al sol son muy incompletos; y áun cuando se han hecho en nuestra época, acerca del mismo, grandísimos descubrimientos, faltan muchos más todavía; porque el número de las maravillas que la naturaleza atesora es inagotable é infinito.

La esfera de tal género de saber seria aún más vasta y profunda haciéndola extensiva á la poderosa influencia sobre la tierra de aquel astro bienhechor; porque sus rayos al alumbrar, calentar y hacer funcionar las moléculas de los cuerpos, son la causa primitiva de donde nacen, sobre todos los planetas, la fuerza y la vida. Si limitamos la contemplacion del sol á considerarlo como centro geométrico de las órbitas que describen los planetas, entónces la idea de su actividad en el mundo y de su importancia en la creacion es incompleta, pobre y débil. Mas si consideramos su influencia física, química y fisiológica, al momento aparecerán numerosas cuestiones misteriosas, y multitud de problemas sin resolver, cuyo estudio ha de ocupar la actividad y energía intelectual durante varios siglos. Las fuerzas que impulsa son superiores á las de su misma atraccion, de las cuales desconocemos su naturaleza íntima tanto como la de la gravitacion.

El estudio del sol es uno de los más elevados y sublimes de cuantos cultivan los sábios, y la aspiracion á conocer lo que es ese astro radiante y poderoso, luz del dia, calor de la tierra, manantial de la vida y del órden de la creacion, es digna de ocupar á todo hombre inteligente para no quedar al nivel de los séres irracionales que se alimentan con las frutas que encuentran sobre el suelo, sin mirar nunca al árbol que las produce. Cierto que por mucho que se estudie jamás llegaremos á someter el sol á reglas determinadas; pero quizás se consiga hallar la relacion íntima existente entre ciertos fenómenos solares y otros terrestres, que seria importantísimo poder pronosticar con alguna certeza. Mas no deben estudiarse las maravillas de la creacion con el objeto miserable de lograr utilidad y material provecho. Por otra parte, nadie ignora que mucho de cuanto á veces se creia ociosa especulacion, ha llegado despues á convertirse en manantial de riquezas. Con todo, el hombre no vive sólo de pan, y para alimentar la vida de su alma, tiene que asimilarse verdades abstractas ó sensibles, cuyo conjunto constituye para nuestra inteligencia la palabra del Criador.

El sol que nos alumbra no es más que una de las muchas estrellas que hay en el cielo, de las que sólo únicamente lo distingue la distancia de 148 millones de kilómetros, pequeñísima relativamente, que lo separa de nosotros.

Esto puede servir para formar alguna idea de la inmensidad del espacio sideral y de indicacion de la distancia de unos astros á otros, la cual es tan grande, que la accion de sus diversos sistemas es recíproca y totalmente independiente.

Aunque parezca absurdo pretender fijar cuál sea el centro del universo entero, el célebre aleman J. H. Mädler lo ha determinado, no hace mucho, en su gran obra sobre las estrellas, y ahora acaba de publicar nuevas observaciones en confirmacion de su famosa teoría.—Segun Mädler, nuestro sistema solar invierte 20 millones de años para efectuar una revolucion alrededor del centro del universo.

Si las estrellas que se han podido contar ascienden á más de 20 millones, y si áun con los poderosos medios á nuestra disposicion ignoramos cuántas existen, naturalmente se deducirá que la profundidad de los

cielos es insondable y que nunca jamás llegaremos á conocer sus límites. Al meditar sobre esto, sólo encontramos un abismo impenetrable. ¿Cómo hemos de concebir tal inmensidad de espacio lleno de semejante número infinito de astros? ¿Cómo hemos de figurarnos todas esas estrellas, que sin duda, lo mismo que nuestro sol, son centros de luz, calor y actividad, destinados á mantener la vida de una multitud de criaturas? Muchos opinan que tan vastas regiones han de estar habitadas por séres con razon é inteligencia capaces de conocer, honrar y amar á su Criador. Quizás que, como observa un jesuita, famoso astrónomo, los habitantes de tales astros cumplan mejor que nosotros los deberes impuestos por el reconocimiento á Aquél que los ha sacado de la nada.—Tal vez no habiten entre ellos séres desgraciados, cuyo vanidoso orgullo consiste en negar la existencia del omnipotentísimo Criador á quien deben la vida y la facultad de admirar tantas acumulaciones de grandiosos y sublimes prodigios.

Diciembre de 1870.

EMILIO HUELIN.

EL JURAMENTO Y LA REVISTA MILITAR.

No tenemos necesidad de describir el acto solemne celebrado en la tarde del domingo 29 de Enero último: la prensa política y noticiera de España lo ha divulgado, y seguramente no habrá un lector de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA á quien se le ocurra pedirnos explicaciones más extensas ó detalles más minuciosos.

El ejército español prestó, en el dia citado, juramento de fidelidad al rey don Amadeo I, y este acto fué seguido, en casi todas las principales poblaciones, de una ostentosa y brillante revista militar.

En Madrid se reunieron—al decir de los periódicos políticos—veintiseis batallones de infantería, seis regimientos de caballería, tres de artillería, dos tercios de la Guardia civil y once batallones de Voluntarios de la Libertad,—formando en extensa línea desde la puerta de Atocha hasta el obelisco de la Fuente Castellana.

El Excmo. señor ministro de la Guerra recibió el juramento de los diferentes cuerpos militares, y S. M. el rey, que vestia uniforme de capitan general de ejército y montaba un soberbio caballo, despues de haber recorrido la línea é inspeccionado detenidamente la formacion, pasó á situarse en la calle de Alcalá, delante de la iglesia de San José, á fin de presenciar el desfile de los marciales tercios españoles.

Á uno de nuestros dibujantes habiamos conferido el encargo de copiar exactamente esta última escena de la gran fiesta militar, con el objeto de presentar en este número el grabado de la pág. 77.

MANUEL CATALINA.

—¡Quiero que seas cómico!—debió de decirle con enérgico irresistible acento á este distinguido artista dramático, esa voz misteriosa que los moralistas llaman la vocacion natural, cuando el jóven abogado madrileño se decidió á colgar la forense toga en las puertas del teatro del Instituto.

—*¡Quiero ser cómico!*—respondió Manuel Catalina á la voz secreta de su espíritu: y el público de la córte, aquel público inteligente é ilustrado que aún se acordaba de Latorre y aplaudia á Romea, aplaudió tambien á Catalina cuando éste apareció en la escena dramática, con la linda comedia *Quiero ser cómico*.

Concluia por entónces el año 1846, y el jóven Catalina entró por la *puerta grande* en la carrera dramática,—por esa puerta de los triunfos y de las glorias que tantos jóvenes distinguen en lontananza, y á cuyos umbrales, rodeados de obstáculos, son tan pocos los artistas que logran acercarse.

¿Para qué seguir paso á paso al jóven actor en su marcha feliz y desembarazada, por la senda espinosa del arte dramático?

Catalina fué aplaudido en 1847, en el famoso teatro de la Cruz, cuando interpretaba obras de género tan distinto como *Don Alonso de Ercilla* y *Los dos amigos y el dote*, *El Bufon del Rey* y *La voluntad del difunto*: el exigente público barcelonés aplaudióle tambien en 1848, en los teatros de Santa Cruz y Capuchinas, en cuanto pudo adivinar al futuro gran actor español en el jóven estudioso y simpático que ejecutaba con tanta maestría difíciles papeles en *El Amante universal*, *Un cambio de mano*, *Cecilia la Cieguecita*, *El que ménos corre, vuela*, y otras escogidas producciones; Coruña, Valencia y Sevilla, le tributaron despues ovaciones entusiastas; en la isla de Cuba fué acogido en triunfo; en Veracruz y Méjico, si hemos de creer á *El Heraldo* (que tenemos á la vista) de la antigua ciudad de Motezuma, arrebató á los abonados del Teatro Nacional, interpretando de una manera inimitable el Glocester de *Los hijos de Eduardo*, conmoviendo en *La Carcajada* y en *Flor de un dia*, y haciendo reir en *No hay que tentar al diablo*, y en *Mujer gazmoña y marido infiel*.

«¿Qué es difícil—se pregunta un folletinista de *El Heraldo* de Méjico, despues de referir detalladamente el triunfo que consiguió Catalina en el Teatro Nacional, el 1.º de Noviembre de 1855, con la representacion de *La Carcajada*—qué es difícil para el hombre de grandes conocimientos, que tiene constancia en el estudio y fuerza de voluntad bastante para no detenerse en la senda que ha emprendido y marchar siempre hasta elevarse á la altura á que está llamado?»

Manuel Catalina, despues de recorrer los Estados Unidos, volvió á España, ganoso de conquistar laureles, y fué contratado en el teatro del Príncipe como primer actor y director de escena.

En la memoria de todos los madrileños están los recuerdos de las brillantes campañas teatrales, honra insigne de la dramática española, que Manuel Catalina ha sostenido en estos últimos años.

Como empresario del antiguo y glorioso teatro del Príncipe, escrituró á Romea, al gran Romea, que se hallaba gravemente enfermo, que desfallecia por instantes, y á la vista tenemos un autógrafo preciosísimo del actor eminente, que hace justicia á Manuel Catalina, y le dedica sentidas frases de gratitud y afecto.

Él ha hecho restaurar el viejo coliseo, y éste es hoy un teatro digno de la córte; él ha ofrecido al público, y lega á los anales literarios de España, más de cien obras dramáticas, originales de nuestros más distinguidos escritores; él, en fin, ha demostrado siempre que su divisa es: *todo por el arte*; y para el arte son sus afanes, sus esfuerzos, sus generosos sacrificios, sin que le hagan desmayar las contrariedades, sin que le detengan los obstáculos que alguna vez ha levantado en su camino—y quizá levanta todavía—la asquerosa envidia.

Catalina fué maestro de declamacion en el Conservatorio, digna recompensa que concedió el último gobierno de doña Isabel II á quien tanto se habia afanado por el enaltecimiento del casi desfallecido teatro español,—y es de sentir que el gobierno del Regente haya ordenado la supresion en aquel artístico establecimiento de la escuela de declamacion: la juventud que aspira á renovar en nuestros dias los dias gloriosos de los grandes artistas dramáticos, de Luna, de Latorre, de Maiquez, de Guzman, de Lombia, de Romea, ¿tendrá derecho á esperar la reapertura de las citadas cátedras, suprimidas injustamente por un ilusorio pretexto de economías?

Entónces Manuel Catalina volveria indudablemente á desempeñar el cargo de profesor, y este ilustrado artista desarrollaria sus proyectos de enseñanza dramática, de los cuales en más de una ocasion se ha ocupado la prensa literaria.

Vamos á concluir, que se nos han trazado límites bien estrechos, y la pluma ha corrido largamente.

Catalina ha hecho una bella refundicion de *El licenciado Vidriera*, preciosa comedia de Moreto, y un arreglo de cierta obra de Legouvé, *Por derecho de conquista*; es el actor predilecto de la sociedad elegante de la córte; y si en la escena se hace aplaudir como artista, en la conversacion familiar cautiva con su franqueza, y en los salones aristocráticos hace natural alarde de modales distinguidísimos y es el tipo del más cumplido caballero.

Por lo demás, esperemos aún en Manuel Catalina: que fé tiene y voluntad le sobra para dar dias de gloria al teatro español.—X.

EMILIA ADELAIDA PIMENTEL

Y

JOSÉ CÁRLOS DOS SANTOS.

I.

La actriz cuyo retrato damos en la pág. 85, es tal vez la más eminente de la escena portuguesa; la que reune á las especialísimas dotes naturales que la distinguen, un estudio profundo del teatro y ese finísimo tacto escénico que no puede explicarse, pero que es necesario para realizar, hasta el punto en que pueda realizarse, el ideal supremo del arte dramático.

No hace muchos años aún que Emilia Adelaida apareció en los teatros de Lisboa, desempeñando un papel sencillo en una traduccion de la deliciosa comedia francesa *La Tasse cassée*, siendo recibida con aplauso por el público lisbonense.

Desde entónces, se dedicó especialmente á crearse una reputacion envidiable, pero merecida, interpretando, en el tiempo de su noviciado teatral, esos papeles de jóvenes calaveras, de estudiantes audaces, de pajecillos maliciosos, y otros semejantes, que formaron algun dia la gran celebridad de Dejazet.

A Caridade na sombra, drama de Ernesto Biester, portugués, fué la primera pieza en que la jóven actriz logró ejecutar un papel de mayor alcance, y reveló Emilia desde luégo el singular talento y las excelentes dotes que la adornaban; pero el público de Lisboa quedó agradablemente sorprendido al verla, pocos dias despues, en una traduccion de *La belle au bois dormant*, de Octavio Feuillet, en el ingrato papel de Luisa.

Con esa rara facultad de asimilacion que posee, con su viva inteligencia que penetra hasta los arcanos más recónditos del arte, y sobre todo con su amor al estudio, Emilia Adelaida ha llegado á ser en breves años la joya más preciada de la escena portuguesa.

La caprichosa Magdalena de *Redempção*, la frívola *Mme. Benoiton*, y principalmente la desgraciada Matilde, del *Suplicio d'una mulher*, encontraron en ella una admirable intérprete, y esta última creacion ha sido uno de los triunfos más brillantes alcanzados en los teatros de Lisboa.

Emilia Adelaida caminó en seguida de triunfo en triunfo.

Grave y reservada en *Pupillas*, lindísima comedia de Biester; apasionada y vehemente en *Margadinha de Vaflor*, de Pinheiro de Chagas; dulce y poética en *D. Fr. Caetano*, de Silva Gayo; sombría y aterradora en *Angelo*; inimitable en el dificilísimo papel de *Miss Multon*; más inimitable todavía en *Pecadora e mãe*, del ya citado poeta Ernesto Biester.—Emilia Adelaida ha contado como grandes triunfos los estrenos de todas sus obras.

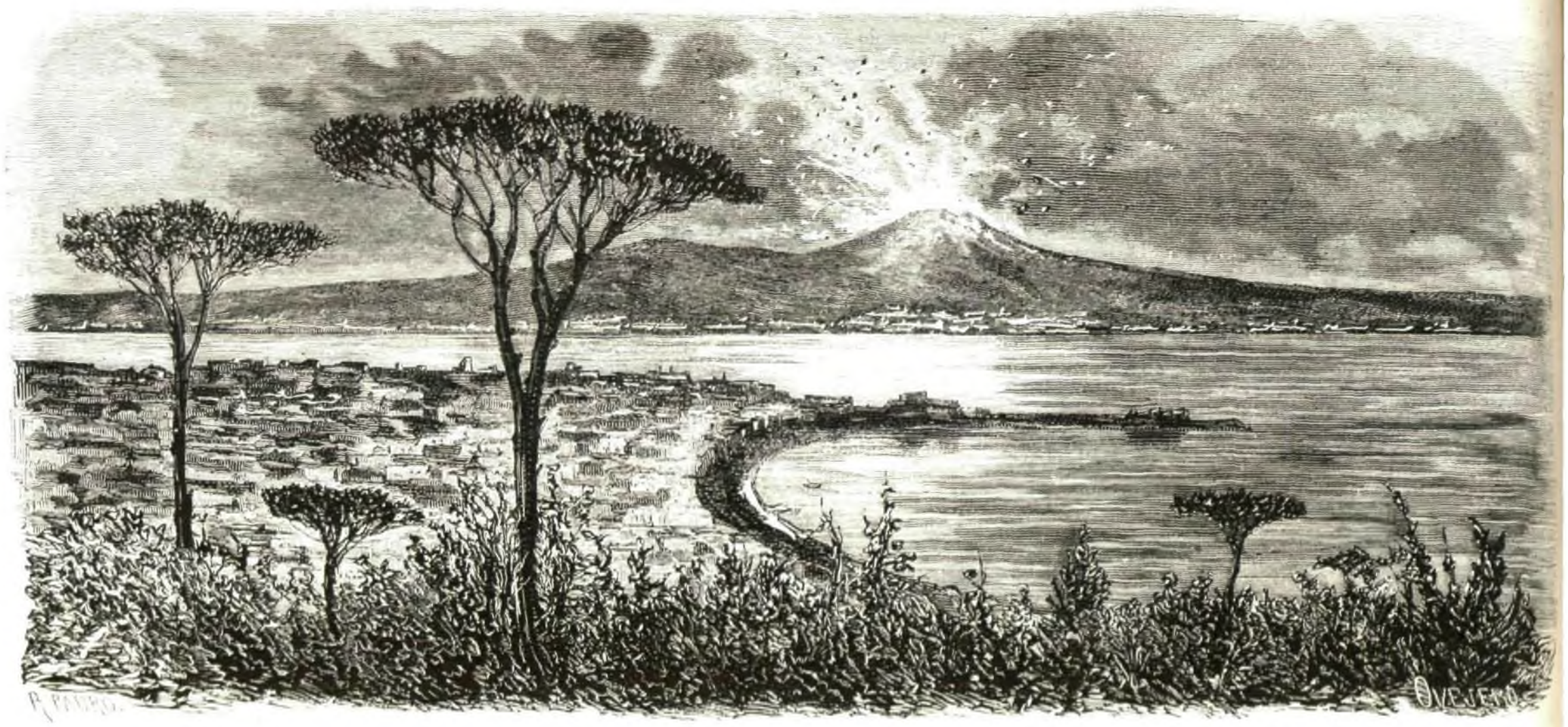
Ultimamente ha arrebatado al público interpretando la Falconiere del *Dalila* y la Adelia del *Antony*.

Emilia está en la flor de la vida y en el lleno de su gran talento, y tiene aún delante de sí una larga carrera de envidiable gloria artística.

II.

Si algun dia fueses á Lisboa, lector amigo, no seria difícil que encontrases en las *ruas* de la bella capital portuguesa á un jóven como de unos treinta y cinco años, de regular estatura y fisonomía expresiva, ensortijado cabello, ojos negros y lánguidos, y boca sensual y entreabierta, como las que pintaba tan admirablemente Leonardo de Vinci.

Veríasle solo comunmente, vagando por las calles á la ventura, ya piropeando á las mujeres bonitas, ya



NÁPOLES.—ÚLTIMA ERUPCION VOLCÁNICA DEL VESUBIO.

deteniéndose delante de los escaparates de las tiendas de objetos de arte, ya examinando con ojo inteligente algun elegante carruaje ó un soberbio caballo.

Ese hombre seria, á no dudarlo, el primer actor portugués, José Cárlos dos Santos.

Hijo de una noble familia, recibió una escogida educacion literaria; mas cuando apenas contaba diez y ocho años, abandonó la casa paterna y la carrera literaria, á que su familia le destinaba, y se presentó al director del teatro de Doña Maria, solicitando ingreso en la compañia artística que actuaba en aquel coliseo.

Bien pocos dias se pasaron, y *debutó* con un papel importante en *Los Misterios de Paris*, de Sué; despues pasó al teatro de Don Fernando; luégo al *Gymnasio*, y siempre ascendiendo, aunque lentamente, llegó á fijar su planta en el famoso *Theatro Normal*,—considerándole ya el publico inteligente como actor de primera clase.

Hoy, si se exceptúa al eminente y sin rival actor Juan Atanasio Rosa (el gran Romea de Portugal), no hay seguramente quien le aventaje, ni quien haya creado tantos tipos y tan diversos, desde *O rapaz pobre* y *Montjoye*, hasta *Jean la Poste* y *Bocage*, de Mendez Leal.

Dos Santos es tambien un excelente autor dramático, y pocos meses hace se ha aplaudido en Lisboa una de sus mejores obras. *Segredo d'uma familia*, *Mis sio*, *O homem das cantellas*, y *A saia balão*, son sus mejores producciones cómicas.

Este distinguido artista llegará á ser en el teatro de Portugal el intérprete más inspirado del idioma de Camoëns, de ese rico y suavísimo idioma que nuestro insigne Cervantes consideraba como el más dulce de todos los que se hablan en Europa.—X.

UNA ERUPCION DEL VESUBIO.

¿Quién no ha leido la bellísima y sentimental novela de Sir E. Bulwer, *El último dia de Pompeya*? ¿Quién ignora los desastres del Vesubio, referidos por la historia, de ese terrible vecino de la antigua Parthénope? ¿Quién no ha tenido ocasion de estudiar alguna vez, siquiera en las páginas de los periódicos ilustrados, esos restos de la antigua civilizacion romana que van apareciendo hoy, despues de tantos siglos, debajo de montones de lava y de ruinas?

Parece como que el Vesubio tiene la mision providencial de anunciar con sus espantosos rugidos y vómitos de fuego los grandes acontecimientos de los siglos.

El Vesubio vomitaba llamas cuando las romanas legiones entraban en Jerusalen á sangre y fuego, y destruian para siempre el poderoso imperio judáico; cuando Marico saqueaba á Roma; cuando Gonzalo de Córdova destruia en Cerignola á los franceses; cuando las armadas de España, Roma y Venecia cruzaban por el Mediterráneo en busca de aquella soberbia escuadra turca que debia quedar sepultada en las aguas de Lepanto.

Serán coincidencias despreciables, pero la verdad es que la historia las señala, y quizá será tambien otra coincidencia semejante el hecho que acaban de anunciarnos los hilos eléctricos, y confirman los periódicos napolitanos que tenemos á la vista.

Las oscilaciones de *sysmógrafo* empezaron á indicar en la noche del 7 de Enero la proximidad de una erupcion del Vesubio; dos dias despues se presentó un negro penacho de humo sobre el cráter del último cono que se ha formado en el volcan memorable, y el 11 se notó ya una aureola rojiza en los dos cráteres, señal indudable de erupcion inmediata. Al amanecer del 12, el Vesubio empezó á arrojar lava encendida, y parecia como que rios de fuego se precipitaban por el áspero cono.

El 14 duraba aún el fenómeno, y hé aquí la traduccion literal de una comunicacion que dirigió en la citada fecha al *Pungolo* de Nápoles el sabio profesor señor Palmieri, de la universidad parthenopea:

«La erupcion es cada vez más imponente: son muchos los proyectiles que arroja el cráter del cono pequeño formado últimamente, y durante la noche pasada (la del 13 de Enero) un torrente de lava encendida caia por los bordes del cráter, hasta llegar á la base del grande y antiguo cono. Todavia tengo el sentimiento de anunciaros que los instrumentos de mi observatorio experimental indican erupciones nuevas.—Palmieri.»

Pues bien: ¿no se ha realizado pocos meses hace la caida del poder temporal de la Santa Sede? ¿No ha entrado en Roma, capital de los Pontífices, el rey de Italia, en aquellos dias precisamente en que el Vesubio anunciaba la erupcion?

Por lo demás, el dibujo que damos en esta página es una vista del soberbio volcan, tomada desde el golfo de Nápoles por uno de los corresponsales de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

ADVERTENCIAS.

Nuestro Agente en el Rio de la Plata con establecimientos en Buenos Aires y Montevideo, es don Federico Real y Prado, el cual tiene la exclusiva en aquellos paises para nuestras publicaciones, y por consiguiente á él y no á nosotros deben dirijirse los que deseen trabajar en ella.

Reimpresos los números 3 y 22 de 1870, han sido servidos á los señores suscritores, á quienes se debian.

Pronto creemos poder terminar los que áun faltan.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 5.

COMPUESTO POR D. JAVIER MARQUEZ BURGOS.

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en cinco jugadas.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.